

Una dulce novela de *Orgullo y Prejuicio*

*The  
baile  
de  
invierno*

CORRIE GARRETT

# UN BAILO DE INVIERNO

UNA HISTORIA NAVIDEÑA DE ORGULLO Y PREJUICIO

CORRIE GARRETT

## ÍNDICE

[Descripción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Otras Obras de Corrie Garrett](#)

[Acerca del Autor](#)

*A todas las maravillosas damas de Austen Authors,  
Por hacerme sentir tan bienvenida en esta maravillosa comunidad de ficción de Jane Austen.*

*“¡Amontona más madera! — el viento es helado;  
Pero déjalo silbar como quiera,  
Mantendremos nuestra feliz Navidad todavía.”*

—SIR WALTER SCOTT, *Marmion*.

## DESCRIPCIÓN

Un niño recibe una nueva figura paterna y una viuda tiene una segunda oportunidad. Tres historias de amor se entrelazan durante una Navidad al estilo de la Regencia, y tanto la gente de arriba como de abajo encontrarán esperanza navideña y un amor duradero.

En esta variación navideña de *Orgullo y prejuicio*, el señor Darcy llega tarde a Netherfield.

Jane y Bingley están casi comprometidos, y Elizabeth Bennet ya siente simpatía por el caballero desconocido que era la presa navideña de Caroline Bingley.

Mientras tanto, el nuevo mozo de cuadra de Netherfield está desesperado por conseguir media corona para comprarle a su madre un bolso de seda. Darcy cae abatido ante los métodos de Elizabeth y Wickham, y el jefe de los mozos de cuadra toma a Jack bajo su protección. Ellos podrían ser el eje de un final feliz para todos.

**¿Todo es fácil? ¡Ciertamente no! Pero finalmente varios caballeros comprenderán por qué se da tanta importancia al muérdago durante la Navidad.**

# UNO

LAS CHARADAS ERAN UN JUEGO que se practicaba habitualmente en Navidad, y Elizabeth Bennet se divertía y distraía, imaginando que las variadas expresiones de Caroline en la mesa del comedor de los Bennet eran parte de una farsa elaborada.

Caroline no era tan grosera como para burlarse, pero era experta en mil expresiones variadas que expresaban *desdén* sin usar nada tan rudimentario.

Lizzy se sentó frente al señor Bingley, en la mesa del comedor, y ese apreciado caballero parecía ajeno a todas las corrientes subterráneas. Estaba contento con todo y no se molestaba en ocultarlo. ¡Qué excelente es este joven!

Caroline, en cambio, había notado claramente las manchas de humo en el techo y la cera vieja que goteaba del candelabro. La cena había inundado la casa con un fuerte olor a pescado asado en salsa bechamel (un plato favorito de la familia, pero quizás esta era una elección arriesgada debido al molesto olor persistente), y la delicada nariz y la suave frente de Caroline primero se ensancharon, y luego se arrugaron con consternación.

Para ser justos, la señorita Bingley no había dicho nada abiertamente crítico hasta el momento. En cambio, la conversación se centró en los diversos monumentos naturales y casas destacadas del distrito.

“Las colinas son bastante impresionantes, lo admito,” dijo Caroline, “pero para mí, todo es bastante tranquilo. Prefiero el paisaje del norte.”

“¿Quizás Derbyshire?” Preguntó su hermano con una ceja levantada.

Ella le dirigió una mirada de enfado. “Ese es un distrito muy bonito, pero tenía varios en mente. Las grandes casas del Peak District también son pintorescas. Sin embargo, no he visto este lugar local que mencionó la señorita Lydia, por lo que no puedo dar una opinión sobre la superioridad de un distrito sobre otro.”

“Parece que sí,” murmuró Lydia.

Lizzy le dio un codazo. “Señorita Bingley, Amwell House no está abierta a excursiones de un día ni a turistas, pero mi padre conoce a la señorita Mary Scott, quien heredó el lugar de su padre. Me atrevo a decir que podríamos hacer un recorrido allí si así lo deseas.”

Caroline resopló. “Por favor, no organices tal diversión en mi nombre. No tengo muchas ganas de recorrer todo Hertfordshire.”

“¿Mary Scott?” Repitió Bingley. “¿Debería conocer a esta señorita? ¿Son ellos una familia privilegiada por aquí?”

“No, en absoluto,” replicó Lizzy. “Ella vive tranquilamente, pero es una mujer amable. Su padre era un poeta cuáquero, bastante excéntrico, e hizo construir todo tipo de novedades en los jardines de Amwell House. Hay un pabellón octogonal y, de lo que Kitty te estaba hablando, una

gruta de conchas construida en lo profundo de una colina.”

“¡Eso es tan extraño!” Kitty intervino. “Se siente frío y frío como una cueva, pero las paredes están cubiertas de conchas y fósiles. Es como una casa de hadas.”

“¡Qué pintoresco!” Resaltó Caroline.

Lizzy dio un mordisco desafiante al pescado y le sonrió a Kitty. Supuso que Jane podría manejar a una cuñada desagradable, pero era una lástima que la señorita Bingley estuviera decidida a ser tan altanera.

Afortunadamente, Jane estaba demasiado ocupada hablando con la señora Hurst para darse cuenta.

Los ojos de Caroline siguieron ahora una grieta, en el yeso, que avanzaba en la esquina superior de una puerta. Es cierto que la forma en que crecía la grieta era bastante llamativa. Se ramificó como el boceto de un árbol joven contra la pared color crema, pero Lizzy no imaginaba que Caroline estuviera permitiéndose construir metáforas tan caprichosas.

La señora Hurst, la otra hermana de Bingley, no parecía tan abiertamente crítica, pero hacía una mueca cada vez que la madre de Lizzy hablaba en voz alta, e ignoraba por completo a Lydia y Kitty cuando ellas intervenían en la conversación.

Además del señor Bingley, el señor Hurst había sido el que mejor se había portado. Había felicitado a la señora Bennet por el pescado. “Me gustó bastante. ¡Muy agradable!”

Y a juzgar por la cantidad que comió, no solo de pescado, sino también de patatas, sopa, pan y pudín (junto con sus ocasionales y ruidosos eructos), se podía inferir que él era sincero.

La señorita Bingley, por el contrario, había dado algunos mordiscos y casi imperceptiblemente se alejó su lugar. El mayordomo le había preguntado discretamente si necesitaba algo, pero un mínimo movimiento de la cabeza de ella lo envió de regreso a su puesto junto a la pared.

Las numerosas velas que la madre de Lizzy había hecho encender (más de las necesarias) mantenían la habitación llena de luz, y tal vez demasiado cálida, incluso para un día fresco de diciembre. Lizzy sintió manchas de color creciendo en sus mejillas.

Probó otro bocado de pescado, seguido de una zanahoria hervida y confitada.

Lydia y Kitty habían seguido adelante, sin apenas darse cuenta de la actitud de la señorita Bingley. Se rieron desmesuradamente del “delicioso juego” que había tenido lugar en Lucas Lodge la noche anterior. “Nuestra cena se convirtió en un baile improvisado,” explicó Lydia, “¡y convencimos al criado de mi tía para que se vistiera como una muchacha! Fue ridículo y alegre, te lo prometo. ¡Podría haber recibido un beso si hubiera querido!”

Lizzy se sonrojó de nuevo. Miró a su padre, pero él solo le sonrió.

“Sí, lo sabemos, estuvimos allí.” Caroline hizo una leve mueca antes de voltear hacia Jane. “Supongo que tú, como yo, no puedes pretender disfrutar de bailes tan vigorosos y salvajes. La habitación parecía un horno y un bailarín descuidado me pateó en el tobillo.”

Jane estaba sentada entre el señor Bingley y su padre, y se había inclinado hacia Bingley para escuchar un comentario. Hubo que repetir la pregunta de la señorita Bingley antes de que Jane pudiera responder.

“No me importó por mí misma. Todos la estaban pasando muy bien,” respondió Jane. “Pero, lamento mucho que te hayan dado una patada. La casa de la familia Lucas no es grande, tal vez no sea lo suficientemente grande para un baile. Somos muy buenos amigos, tienen el hábito de hacerlo.”

El señor Bingley sonrió. “Estoy seguro de que no me importó. Estuve junto a la señorita Kitty en ese último,” le sonrió, “y no sé cuál de nosotros se rió más ante la revelación del niño.

No corría peligro de besarlo. ¡Caroline, si hubieras bailado conmigo, habrías estado a salvo!”

“Sí, que te amenacen para que bailes es muy divertido,” ella dijo. “Deberías tener el manejo de todos los bailes y tarjetas de baile.”

“Pronto tendré otro baile en Netherfield,” declaró Bingley. “Quizás Nochebuena. Entonces, tendremos mucho espacio y no sentirás la aglomeración. La última fue una de las noches más bonitas de mi vida. Y si tenemos otro, tal vez podamos traer a Darcy aquí. Prometió venir antes, pero los negocios se lo impidieron.”

“¡Otro baile!” Lydia aplaudió. “Te lo dije, Kitty. ¡Debes pagar!”

Kitty sacó una media corona brillante de su bolsillo escondido y se la pasó a Lydia.

Jane jadeó. “Lydia, Kitty, eso no está bien...”

Lydia sacudió sus rizos. “¡Fue simplemente una apuesta inofensiva con nuestro dinero extra! Ahora, señor Bingley, debe invitarnos nuevamente a los bailes oficiales. Lizzy, te permitiré bailar con Wickham, pero debes darnos el resto a Kitty y a mí, ¡porque no te importa tanto un abrigo escarlata!”

“No,” argumentó Kitty. “Wickham ahora está colgando detrás de esa diminuta señorita King; debemos compartir uno o dos oficiales con Lizzy.”

“No quiero ni un solo oficial,” protestó Lizzy. “Déjame fuera de tus planes, por favor.”

“Pero qué consideradas son tus hermanas,” dijo la señorita Bingley, con un sarcasmo apenas disimulado. “Si tan solo los Bennet tuvieran un hijo, entonces yo debería tener alguien con quien bailar.” Hizo contacto visual con su hermana, la señora Hurst, quien se rió.

“¡Es muy cierto, señorita Bingley!” La madre de Lizzy interrumpió. “Dices la verdad. ¡Si tan solouviéramos un hijo! Aquí está Lizzy rechazando al señor Collins, quien heredará nuestra tierra y nos expulsará de inmediato. Esta podría ser nuestra *última* Navidad en Longbourn.”

El señor Bennet tosió con un bocado de patata. “Por la bondad, querida. ¿Me das menos de un año? Admito que no presté mucha atención a mi salud, pero no tengo intención de irme al cementerio antes de sembrar en primavera.”

“Sí, mamá,” resaltó Jane suavemente. “Todavía quedan muchas Navidades antes de que tengamos que pensar siquiera en algo así.”

La señora Bennet se secó la boca con mal humor. “¡Si tan solo hubiera tenido un hijo obediente en lugar de una hija de lo más antinatural, eso sería tan fácil como usted lo piensa, Jane! La visita de Collins habría valido la pena si tuviéramos un hijo.”

“Dudo que un hijo se hubiera casado con él,” murmuró Lizzy.

El señor Bingley se rió. La señora Bennet lo fulminó con la mirada. “*Quise decir* que el señor Collins simplemente se habría acercado a un pariente lejano, a quien podría haber ignorado con seguridad. Pero me consuelo con Jane, que es la chica más obediente, aunque no es un hijo. Sin embargo, me atrevo a decir que al señor Bingley no le agradaría tanto si fuera el ‘John’ que esperábamos.”

Lizzy apartó la mirada, incapaz de soportar la nariz arrugada de la señorita Bingley y la mueca de dolor de la señora Hurst ante esa forma libre de hablar.

Si tan solo la madre de Lizzy tuviera más decoro, o si su padre hubiera insistido en un estándar de conducta más alto hace mucho tiempo.

Bingley solo pareció un poco tonto, se rió y dijo que estaba seguro de que le agradaría cualquier descendiente de la casa Bennet.

Lizzy estaba profundamente agradecida de que él no se sintiera desconcertado por los comentarios insistentes de su madre o las tonterías de sus hermanas. Su paciencia estaba a flor, de piel, mientras la bombardeaban con preguntas y sugerencias para su baile de Nochebuena,

aparentemente decididos a ayudarla a mejorar el último.

“Esos cangrejos en gelatina no eran nada del otro mundo,” expresó Lydia, como si comúnmente adornara los salones más altos de Londres. “No me gustó decir eso en ese momento, pero lamentablemente les faltaba sabor. Quienquiera que te haya suministrado, ¡no confíes en él! Yo sugiero...”

“Aparentemente no eran lo único que carecía de *gusto*,” Lizzy regañó a Lydia. “Supongamos que el señor y la señorita Bingley son capaces de tomar sus propias decisiones al respecto.”

“En cuanto a eso,” dijo Bingley, “es exclusivamente Caroline quien actúa como mi anfitriona. ¡No sabría por dónde empezar para conseguir cangrejos de río! Si fuera por mí, debería comer una pierna de res y tal vez algunos jamones.”

Lydia gritó ante esto. “Pero, ¡las tartaletas, las natillas y las gelatinas!”

“No temas,” replicó la señorita Bingley, “habrá suficiente azúcar para todos, aunque aún está por verse si eso mejorará la calidad del baile.”

“Pero puedes bailar con Darcy en mi próximo baile,” le recordó Bingley. “Eso debería alegrarte.”

Ella sonrió un poco, y, por primera vez, pareció apaciguarse. Lizzy ya se había enterado de que el señor Darcy y su hermana, Georgiana Darcy, eran amigos íntimos de los Bingley. Caroline había dejado claro que esperaba que su hermano se casara con la señorita Darcy, y Lizzy pensaba que Caroline tenía planes para el señor Darcy.

La idea de la señorita Darcy había preocupado a Jane cuando oyó hablar de ella por primera vez. Lizzy le había asegurado durante los últimos meses que debía ser una ilusión por parte de la señorita Bingley. Al parecer, esta señorita Darcy es muy joven: lleva menos de un año sin ir a la escuela. No han tenido tiempo de formar el tipo de vínculo que insinúa la señorita Bingley. ¡Y pobre señor Bingley! Él *no* actúa como un rompecorazones.

“¿Estamos seguros de la visita de Darcy?” Caroline preguntó ahora. “Temo que regrese a Derbyshire en el momento en que su negocio esté listo.”

“Estamos seguros. Tiene intenciones de llevarse a Georgiana a su casa en Pemberley, pero accedió a pasar unas semanas con nosotros en su camino hacia el norte. Quiero su opinión sobre algunos planes a medio hacer que tengo para Netherfield. Si voy a comprar, ya sabes, realmente debo conocer la opinión de Darcy.”

“¿Comprar?” Dijo la señora Bennet con exagerada picardía en su voz. “Me pregunto si deberías pensar en ello, señor. ¿No fue para *dejarlo*? Porque si lo *compraras*, estarías verdaderamente fijo en el vecindario. Puedo pensar que tal proximidad a Longbourn tiene algunos incentivos, alguna recompensa, pero no espero que todos piensen lo mismo. ¡Comprarás Netherfield!”

La señora Bennet parecía tan feliz que incluso Jane se sintió afectada. Parecía cohibida e insegura de una manera que hizo que a Lizzy le doliera.

Lizzy se aclaró la garganta. “He oído que Derbyshire es bastante hermoso en verano. ¿Visitas a menudo a tus amigos allí?”

Caroline dio un mordisco, aparentemente recuperando el apetito y olvidando su mal humor anterior. “Hemos estado tres veces, y Pemberley se vuelve más hermoso cada vez que lo veo. ¡El bosque, el lago, la hermosa casa! Es excesivamente elegante.”

“El señor Darcy debe haber heredado joven.” A Lizzy no le importaba esto, solo buscaba distraerse de las insinuaciones insistentes de su madre. “¿Es un joven responsable?”

“¡Responsable! Esa es una palabra demasiado pequeña. El señor Darcy es totalmente consciente, tanto en la gestión de su patrimonio como en el cuidado de su hermana menor. Es un

modelo de rectitud y diligencia.”

“¡Santo Cielo! Es un modelo.” Lizzy lo vio todo ahora: el brillo de propiedad en los ojos de Caroline, el rubor extra cuando bebía su vino y la desafiante inclinación de su barbilla. Quería al señor Darcy y ella quería quedarse en Pemberley. *Eso* debe explicar la preocupación de la dama para que su hermano se casara con Georgiana Darcy. Caroline quería ‘un pie en la puerta’, por así decirlo. Eso era extraño. Caroline era rica y hermosa, pero debía tener dudas sobre su capacidad para atraer al caballero, si tal estratagema era necesaria.

Lizzy tenía bastante curiosidad por conocerlo.

“Cualquier amigo del señor Bingley será completamente bienvenido aquí,” declaró la señora Bennet. “Y estoy seguro de que no me importa si es un modelo o un hexágono, ¡no será ni un ápice menos aceptable para mí! Excepto que si usted tuviera un amigo que fuera el *mejor hombre*, mi querido señor Bingley, ¡puede que sea lo adecuado!” Ella se rió de su propio juego de palabras.

Lizzy permitió que sus propios ojos rastrearan la grieta en el yeso, mientras avanzaba la conversación. A veces la única opción era retirarse y luchar durante otro día.

## Dos

MIENTRAS DARCY Y GEORGIANA CONDUCÍAN desde Londres en su carruaje, Darcy se inclinaba a pensar que Hertfordshire y la campiña circundante podrían ser lo ideal para Bingley.

Era un día soleado, que en diciembre era una bendición para disfrutar, con un cielo azul que animaba el campo gris y un sol que resaltaba los marrones brillantes y las cremas peludas de las vacas y ovejas a su paso.

Aunque era diciembre, Darcy había tomado el carruaje abierto para que Georgiana pudiera disfrutar del aire fresco y el sol. Su conductor los seguiría con sus pertenencias, así como su mozo de cuadra, su ayudante de cámara y la criada de Georgiana.

Georgiana estaba feliz de estar en el campo y más de una vez lo llamó para que admirara ‘el caballo pintado justo detrás de ese roble’ o ‘esa extraña vaca lanuda con cuernos largos: ¡qué graciosa se ve!’

Esa vaca en particular era de las Tierras Altas de Escocia, él explicó, y sonrió ante todo, contento de que ella estuviera feliz. Sí, en su actual estado de ánimo tranquilo, sentía que esta podría ser una buena región para que Bingley se estableciera.

Bingley era joven (no mucho más joven que Darcy en edad, pero lo era más en carácter) y le gustaba estar en Londres a menudo. Hertfordshire era un paseo fácil hasta su casa de Londres, y eso también lo haría más aceptable para Caroline.

Las suaves colinas, los campos pulcros y las elegantes ciudades de Hertfordshire no eran del todo del agrado de Darcy (prefería el terreno más grandioso de Derbyshire), pero esta región no era digna de despreciarse en modo alguno.

Atravesaron la pequeña ciudad de Meryton y salieron por la carretera norte, al otro lado. Un niño bajito de siete u ocho años caminaba penosamente por el camino con un pesado saco.

“Hola,” dijo Darcy. “¿Puedes decirme el camino a Netherfield?”

El niño abrió mucho los ojos, tal vez mirando los caballos de Darcy, que eran un elegante par de bayos emparejados. El muchacho probablemente era un mozo de cuadra, a juzgar por su ropa.

“Sí, sí, señor, Netherfield está por aquí, como a una milla más allá. Usted tomará el camino de la derecha, pasando la hilera de grandes pinos, y es solo un paso.”

“Gracias.” Darcy le arrojó un centavo, aunque el niño lo buscó sorprendido. Rápidamente se inclinó y lo agarró de entre la maleza seca.

“¡Gracias, señor!”

Netherfield fue encontrado fácilmente con las instrucciones del niño.

El carruaje crujió por el camino de grava y Georgiana se reclinó para mirar la casa. Era un edificio digno sin ser ostentoso, con piedras grises y ventanas relucientes. A su derecha se

extendía un césped bien cortado y rosales atados para el invierno que rodeaban la casa. No era una casa que estaría en los libros de historia, pero tampoco era una que dijera *dinero nuevo*. Era eminentemente respetable para un joven caballero que compraba una finca en el campo, aunque la casa era solo una pequeña faceta de la propiedad.

Darcy se reservaría su opinión hasta conocer al capataz, a los inquilinos y ver las granjas adjuntas. Luego estaría el vecindario. Darcy sospechaba, por la breve y descuidada carta de Bingley, que pronto escucharía mucho más sobre una vecina particularmente hermosa.

¡Cielos! Esperaba que Bingley no le hubiera propuesto matrimonio todavía.

Afortunadamente, cuando Bingley y Caroline los recibieron en el salón de rayas azules y doradas, Bingley no tenía ningún compromiso que anunciar.

“¡Aquí estás!” Exclamó Bingley. “Le dije a Caroline que no nos fallarías. Señorita Darcy, tienes buen aspecto, pero tus pobres manos están como el hielo.”

Georgiana las movió. “Eso no importa, se calentarán directamente. Tuvimos un viaje tan encantador.”

Caroline la condujo hacia el fuego. “¡Ven a calentarte! Una pequeña artista en ciernes como usted debe cuidar mucho sus manos, ¿no es así? Me encantó ese boceto que hiciste de una nueva retícula.”

Georgiana se sonrojó ligeramente ante este repentino estallido de atención. “Gracias, no soy realmente un artista, per se...”

“¡Tonterías!” Tengo buen ojo para estas cosas y no permitiré que se cuestione mi juicio. Ella es muy hábil, ¿no es así, Charles?”

Bingley sonrió feliz. “¡Por supuesto que ella lo es! Parece que todas las jóvenes de hoy en día deben serlo. Jane llevaba un sombrero muy bonito el otro día... ¡lo recortó ella misma!”

“Eso no es un logro,” destacó Caroline. “Toda mujer sabe cómo hacerlo.”

Bingley parecía consternado. “¿Ustedes? ¡Cuánto deben aprender las niñas! Ciertamente no sé cómo hacer un sombrero de castor. Ni siquiera sabía cómo atar mi corbata al estilo Maharatta hasta que Darcy me mostró cómo hacerlo.”

Darcy levantó una mano. “Absuélvame, señorita Bingley. Simplemente no podía soportar ver a Charles torcer una fina corbata de muselina hasta convertirla en una farsa anudada. Normalmente ato la mía en una cascada.”

Y Charles haría bien en seguir su ejemplo, por lo que coincidió severamente con la señorita Bingley. “La cascada es simple y elegante.”

Bingley levantó las manos en señal de rendición. “¡Sé que lo sé! Pero Darcy ya es alto y guapo. No necesita una corbata perfectamente anudada, ¿verdad? Aunque debo llamar la atención de alguna manera, ya que me critican cuando lo intento.” Suspiró teatralmente.

Darcy se acomodó junto al fuego. “Me parece que has obtenido toda la atención que necesitas.”

Bingley sonrió, pero no dijo nada más sobre Jane Bennet ni sobre corbatas por el momento.

JACK WHEELER REGRESÓ PENOSAMENTE a Netherfield con un saco de linaza y el penique fresco metido en el bolsillo de sus pantalones.

Esa fue la *segunda* moneda inesperada que recibió en los últimos dos días. El saco se sintió ligero como una pluma, mientras contemplaba su racha de buena suerte. Pisoteó con cierto gusto la hierba seca y helada, haciéndola crujir y crujir bajo sus botas.

Primero, lo habían contratado como mozo de cuadra en Netherfield hacía tres meses. Fue un

raro golpe de suerte y no fue un error. Ahora que Netherfield tenía de nuevo un amo, con sus propios excelentes caballos, el mozo de cuadra obtuvo permiso para contratar a un ayudante.

La madre de Jack lloró un poco de alivio cuando él se lo contó. Su madre no era muy llorona, más bien era muy estoica. Desde que su padre murió en la mina de Warwickshire y regresaron con la familia de su madre en Hertfordshire, solo había llorado esa vez.

Subió la linaza un poco más arriba de su hombro. Era un buen trabajo... diez libras al año, y él solo tenía once años y era pequeño para su edad. Ella ya había pagado algunas de las insignificantes deudas de su padre, y ahora su salario podría contribuir con la familia.

Sin embargo, el centavo que llevaba en el bolsillo era especial. Quería darle a su madre un regalo de Navidad.

Esto era algo en lo que Jack intentó no pensar demasiado. Antes de que su padre muriera, él le contó un secreto. “Estoy ahorrando para una oreja de cerdo.” Ante la expresión en blanco de Jack, él se rió. “Un bolso de seda, muchacho. Tu madre se deleita con ellos. Son tonterías, porque no sirven más que para ir a la iglesia el domingo, o tal vez al banco el lunes. Pero a ella le gustan y voy a comprarle uno. Azul con flores blancas.”

Jack rodeó un agujero embarrado en el camino.

Tampoco sabía exactamente para qué servía un bolso de seda, pero estaba decidido a regalarle uno a su madre.

Con el centavo que había recibido del nuevo dueño de Netherfield y el centavo que acababa de recibir del extraño en el camino, él seguía avanzando.

Solo necesitaba llegar a Meryton en su día libre. Seguramente un bolso de seda no podría costar más que dos peniques o quizás medio chelín. Estaba en camino de lograrlo.

DARCY SIGUIÓ a Bingley a su estudio para tomar una copa de brandy, mientras Caroline y Georgiana iban a cambiarse para la cena.

“Quiero tu opinión sobre la propiedad,” dijo Bingley, “pero, debo decirte que más de la mitad de mi decisión es comprarla.” Destapó la licorera y la dejó sobre un bonito escritorio de madera clara.

Darcy sacó dos vasos del aparador. “¿Realmente? Podrías vivir aquí durante la próxima década o tres y no preocuparte por comprar Netherfield. Esperaba que dejaras que la decisión recayera en la siguiente generación.”

“Bueno, he cambiado de opinión. Un tipo puede hacer eso, ¿lo sabes? Al menos un tipo que no sea como tu puede cambiar de opinión.” Tomó un vigorizante trago de su bebida. El rico color topacio del brandy contrastaba con sus dedos pálidos, que estaban bastante nerviosos. “La razón es sencilla. Existe lo más dulce y maravilloso...”

Darcy levantó una mano. “A menos que la siguiente palabra que pronuncies sea de naturaleza agrícola, acabas de pronunciar una incoherencia.”

“¡Darcy!”

“Puedes gritar mi nombre todo lo que quieras, pero comprar una propiedad no se debe hacer por una cara bonita. Además, es muy posible que te cases con ella y compres en otro lado. De hecho, es posible que *desees* hacerlo si hay alguna dificultad con respecto a su familia.”

Bingley volvió a dejar el vaso sobre el escritorio junto a la licorera. “¿Dificultades con la familia? ¿Por qué piensas eso?”

“No lo pienso.”

“¿Una de mis hermanas dijo algo? ¡Te aseguro que no tienen más que cosas buenas que decir

de Jane! A Caroline no le pueden agradar las chicas más jóvenes de los Bennet y encuentra a la señora Bennet fatigante, pero encuentra a Jane dulce y buena. *Nadie* podía ver nada objetable en ella.”

Darcy había oído lo contrario de Georgiana, quien recientemente había comenzado a recibir cartas periódicas de Caroline. Georgiana se sintió halagada por la correspondencia, ya que las dos estaban separadas por ocho años de edad. Mantenía todas las cartas atadas en un paquete y el papel finamente prensado olía ligeramente a perfume. Georgiana a veces le mostraba estas cartas.

Al leer entre líneas, quedó claro que Caroline sentía que su hermano había sido atrapado por una familia vulgar y mercenaria, y su hermosa, pero sencilla hija.

Darcy no dio mucha importancia a este juicio ya que no valoraba demasiado el poder de observación de la señorita Bingley. Por otro lado, no podía negar que las ansiedades de ella surgían de una verdadera preocupación por la respetabilidad de su hermano.

Bingley sirvió otro dedo de brandy, en cada uno de los vasos, y le dio la espalda a Darcy. Se apoyó en la repisa de la chimenea y pateó una ramita que había escapado de las llamas del fuego. “Una vez que hayas conocido a la señorita Bennet, lo verás. Si eso debería afectar mi compra de Netherfield... No lo sé. Creo que me gusta bastante a mi solo. ¡Realmente, creo que debería comprar, incluso si los Bennet no existieran!”

“¿Estás tratando de convencerme a mí o a ti mismo?” Darcy acercó su vaso a la ventana y miró hacia el jardín trasero. El mismo estaba desgastado por el invierno, pero todavía tenía una neblina verde sobre arbustos y matorrales. “Parece un lugar cómodo, pero odiaría verte atrapado en tu prisa.”

“¡No lo estaré! Netherfield es perfecto para mí y también lo es para la señorita Bennet. Si eso la mantiene cerca de su casa y de sus amigos, no es motivo para que *no le guste*. Pero, como eres de la opinión contraria, probablemente dirás que debería mudarme lejos de aquí, solo para poner a prueba tu lealtad o alguna tontería por el estilo.”

“Nunca recomendaría algo tan gótico. Además...” Él se calló. Había estado pensando en algo poco caritativo acerca de la dama, lo cual no era justo, considerando que nunca la había visto. Darcy era a veces implacable, pero no era injusto. Él redirigió. “Ni siquiera has escuchado mi opinión sobre la tierra todavía.”

“Yo sí quiero eso. Además, invité a los Bennet a cenar aquí esta noche, o más bien le pedí a Caroline que los invitara. También estarán en nuestro baile de Navidad, pero quiero que los conozcas cuando puedas intercambiar algunas palabras con Jane sin tener que gritar ante la multitud.”

“¿Los invitaste esta noche? Esperaba una cena tranquila solo con tus hermanas... pero no sé por qué esperaba eso. Por supuesto, tendremos una multitud.”

“¡Y no sé por qué no te gustaría aumentar nuestro grupo! Cuantos más, mejor, ese es mi lema.”

“No es necesario que me lo digas,” expuso Darcy secamente, “lo sé muy bien.”

## TRES

LIZZY, SU PADRE Y SUS HERMANAS llegaron a Netherfield para cenar a las seis. El sol ya se había puesto, porque los días de invierno eran cortos.

Solo se veían unas pocas estrellas entre las nubes de color gris humo que se habían extendido por el cielo.

A través de las suaves suelas de sus pantuflas, Lizzy podía sentir la fría gravilla del camino. Ella y sus hermanas subieron rápidamente a los anchos y suaves escalones que conducían a la puerta principal, ajustándose bien los chales de lana sobre los hombros.

El jefe de mozos de cuadra de Netherfield se hizo cargo del carruaje. Chapman llevaba casi veinte años en Netherfield. Un pequeño mozo de cuadra lo seguía discretamente.

“Gracias, Chapman,” dijo el señor Bennet. “¿Se lleva bien con el señor Bingley?”

“Sí, señor Bennet. Es un placer volver a tener los establos llenos. Contraté a Tom Skelly de los Lucas como mozo de cuadra, y este es Jack Wheeler, el nuevo ayudante.”

Se llevaron a los caballos con más arrastramientos y resoplidos, y los Bennet se apresuraron a entrar en los cálidos salones de Netherfield.

Caroline Bingley tenía una apariencia excesivamente encantadora.

Su cabello estaba intrincadamente trenzado y rizado. Las complicadas trenzas debieron haberle llevado la mitad de una eternidad con su cabello corto, así pensó Lizzy. Su tocador debía ser una maravilla.

Su vestido era rojo vino, de cintura alta y escotado. Para dar crédito a quien lo merecía, Lizzy tuvo que estar de acuerdo con Jane en que su anfitriona ‘era una de las mujeres más hermosas que uno podría conocer’.

La casa olía a clavo y canela. Se habían traído guirnaldas de vegetación (acebo y muérdago) para decorar el salón. En la chimenea crepitaba el fuego y todos los espejos y ventanas habían sido iluminados a la perfección. Lizzy disfrutó especialmente la sensación de una alfombra nueva y suave.

No cabía duda de que Caroline sabía llevar la casa. Netherfield nunca había tenido tan buen aspecto.

El objetivo de toda la belleza y el esfuerzo de Caroline estaba dirigido a un hombre alto y apuesto con un rostro bastante severo. Soportó las presentaciones con perfecta compostura, aunque bastante tranquilamente. Si pensaba que Lydia y Kitty eran demasiado jóvenes para salir, no lo demostró.

Quizás providencialmente, la madre de Lizzy había desarrollado un dolor de garganta que le producía cosquillas y se había quedado en casa para poder descansar.

Bingley estaba claramente de muy buen humor con sus amigos presentes, a pesar del

comportamiento moderado de Darcy.

“No les debe importar si Darcy permanece callado esta noche,” les dijo Bingley. “Su idea de una velada perfecta es un fuego y un libro. En lugar de eso, lo he enfrentado a una familia llena de muchachas hermosas, lo cual es lo que más le disgusta.” Susurró lo último en voz alta a Kitty y Lydia, quienes se rieron.

El señor Darcy sonrió a medias ante esto. “Espero no ser tan huraño.” Volteó cuando la puerta se abrió para dejar entrar a otra joven que avanzó hacia adelante. “Desde que Bingley me dijo que vendrían las jóvenes señoritas Bennet, invité a mi hermana para que nos acompañara. Señorita Georgiana Darcy, aquí están el señor Bennet, la señorita Bennet, la señorita Elizabeth, la señorita Mary, la señorita Kitty y la señorita Lydia. Su madre está enferma esta noche y no pudo venir.”

Lizzy estaba un poco sorprendida de que él pudiera recordar sus nombres tan fácilmente. No había pensado que él fuera un buen anfitrión.

La señorita Darcy también era bastante alta y guapa, muy parecida a su hermano, aunque quizá no tan bonita como él. Ella los saludó con una reverencia y algunas palabras inaudibles. Probablemente tenía aproximadamente la misma edad que Lydia.

Lizzie estuvo atenta a cualquier afecto o atención especial de Bingley hacia la joven. ¿O hubo alguna consciencia o sonrojo especial cuando la señorita Darcy miró al señor Bingley?

Lizzy no vio ninguno de los dos.

Antes de que hubieran pasado diez minutos, Lizzy estaba decidida. Esta chica no estaba destinada a Bingley. Lizzy sabía que las insinuaciones de Caroline debían ser falsas, aunque fue un alivio confirmarlo.

La otra pregunta, si el señor Darcy estaba interesado en Caroline, era más difícil de responder. Parecía tener ojos solo para su hermana y su amigo. En opinión de Lizzy, eso no lo disminuía. De hecho, eso hizo que le agradara más. Sobre todo porque le dio una excusa para notar sus ojos oscuros e inteligentes.

Lizzy no tardó en darse cuenta de que Bingley estaba intentando que Jane y el señor Darcy se conocieran. Lizzy atribuyó los mejores motivos a esto (Bingley quería que su posible esposa conociera a su mejor amigo), pero esto no iba particularmente bien.

Las manos de Jane estaban apretadas con demasiada fuerza y su postura en el diván florido era tensa. Sus respuestas fueron amables, pero breves. El señor Darcy estaba parcialmente de espaldas, como si fuera reacio a comprometerse con la conversación, mientras observaba a su hermana menor dialogar con Lydia en el piano.

Jane sonrió alegremente cuando se dirigió a ella, pero sus nudillos contaban una historia diferente. Para colmo de la torpeza del asunto, Caroline estaba pegada como resina al costado de Darcy. Su brazo siempre lo tocaba y más de una vez se acercó para susurrarle al oído.

Ahora que lo pensaba, tal vez fue por eso que a él lo rechazaron a medias.

Inclinó cortésmente la cabeza hacia Caroline cuando ella le habló, pero Lizzy se inclinaba a pensar que era un hábito. Ciertamente, él no tenía una mirada de amante hacia Caroline; sus ojos no se detuvieron en ella con nada parecido a afecto. Su mano no permaneció cerca de la de ella; sus labios casi no rozaron su oreja. Aún así, si Caroline se sentara mucho más cerca de él, estaría en su regazo.

Lizzy abandonó la zona junto a la chimenea, donde su padre se había instalado con el señor y la señora Hurst, y se reunió con Jane en el salón.

Los ojos del señor Darcy se posaron inmediatamente en ella y Jane le tomó la mano agradecida. “Aquí tienes, Lizzy. ¿No leíste el último artículo de Sir Humphry Davy de la Royal

Society con mi padre? El señor Darcy acaba de decir que lo leyó en Londres e instó al señor Bingley a que lo hiciera. Lizzy es la lectora de nuestra familia,” explicó, “en ese sentido se parece a nuestro padre. Estoy seguro de que le encantaría discutirlo contigo.”

EL SEÑOR DARCY enarcó una ceja, preguntándose cómo aceptaría la señorita Elizabeth semejante oportunidad. Si Jane no fuera evidentemente sincera y de buen corazón, habría pensado que era una casamentera. Seguramente su hermana no había *disfrutado* el artículo, que era espantoso y un tanto técnico, ni un caballero solía presentar el tema de la ciencia a una mujer; eso era de mala educación.

Los ojos de la señorita Elizabeth brillaron con picardía. “Me parece que cuando alguien introduce un artículo aprendido en una conversación, generalmente desea expresar *su* propia opinión al respecto, no escuchar la de otra persona. Pero diré simplemente que la descripción del problema (los pobres mineros están sujetos a una explosión en cualquier momento) me pareció bastante conmovedora. La idea de sumergirse profundamente en la tierra solo para que el gas grisú se encienda repentinamente es demasiado terrible. La lámpara de seguridad de Sir Humphry parece bastante ingeniosa y sus experimentos químicos me parecieron bastante completos. ¿Qué le pareció, señor?”

El señor Darcy, un hombre de casi treinta años y absoluto dueño de sí mismo y de sus pasiones, abrió la boca y no encontró inmediatamente las palabras a mano. Se sentía muy parecido a aquellos mineros cuando los gases se acumulaban a su alrededor en los pozos, sofocando su aliento.

“Yo... es... estoy de acuerdo. Su solución fue tan simple que algunos dicen que no es un gran invento, pero a mí la simplicidad me pareció elegante y práctica. Una pequeña jaula de tela metálica,” movió las manos para hacer la forma y explicar a los demás, “deja salir la luz, pero absorbe el calor de la llama. Evita que la lámpara provoque una explosión en las minas de carbón, como la tragedia de este año en North Warwickshire.”

“Me atrevo a decir que muchos hombres podrían encontrar una solución complicada,” coincidió la señorita Elizabeth, “pero encontrar una sencilla con materiales económicos requiere genio. ¿Viste también que la llama y la gasa cambiarán de color si se acumula gas de carbón en la mina?”

“Sí, fascinante.”

Caroline le puso una mano en el brazo. “¿Pero hay minas de carbón en Derbyshire? ¿Cerca de Pemberley? ¡Espero que no! La tierra es tan hermosa. ¡Odio pensar en ello en relación con el comercio del carbón, incluso en proximidad!”

Los ojos de la señorita Elizabeth se posaron brevemente en la mano de Caroline sobre su persona. Darcy se encontró alejándose un poco de Caroline. “No, todavía no hay ninguno en Derbyshire. Warwickshire es el lugar con el que estoy más familiarizado. Tuvieron una terrible tragedia. Murieron cuarenta y dos manos. Es posible que algún día sea necesario realizar una minería más cerca de casa y me gustaría saber cómo implementarla correctamente.”

“Odio la idea de esto,” repitió la señorita Bingley. “Destruiría la belleza de Derbyshire y atraería a una sociedad tan humilde a Lambton. No tengo una buena opinión de los asalariados por día. Son muy diferentes de los sirvientes que han estado vinculados a una finca durante años, ¿no?”

Después de esto hubo un breve silencio. “No puedo pretender decirlo,” respondió finalmente Darcy, “pero, todavía no merecen morir por su trabajo.”

Caroline, si entendió el altercado y lo ignoró. “No tengo gran afición por las cuevas o las grutas subterráneas en general, aunque sean por placer y no por industria. Se está convirtiendo en algo muy común: ¡al parecer todo el mundo quiere cavar en su propiedad! Tan gótico e innecesario.”

Bingley se acercó. “¿Qué es gótico e innecesario? ¿Nos estamos burlando de Darcy?”

Caroline se rió. “No eres gracioso, Charles.”

“Sí, lo soy.”

Darcy resopló. “Como no soy gótico ni innecesario, no me ofenderé.”

“No lo sé,” dijo el señor Bingley. “Eres innecesariamente alto y tiendes a estar pensativo. Podría describirte como gótico.”

El señor Darcy se limitó a negar con la cabeza, pero Caroline se sintió ofendida. “¡Qué absurdo! Estábamos hablando de cámaras subterráneas. Como la gruta de las conchas de Margate o, aparentemente, una copia similar hecha aquí en Hertfordshire. Si uno quiere hacer algo hermoso, ¿por qué enterrarlo?”

El señor Bingley protestó. “Pero, tengo un gran deseo de ver la gruta de las conchas de la que nos habló la señorita Kitty. ¿Podemos planear esto?”

La conversación giró hacia los planes y se fijó una expedición tentativa para el próximo jueves.

Hubo una pausa y el señor Darcy volvió al tema original. “¿Usted lee todos los artículos científicos de la Royal Society, señorita Elizabeth?”

“¡Cielos! No. Soy una lectora ecléctica y solo leo lo que me interesa inmediatamente, que suele ser una novela.” Ella les sonrió a todos, haciendo que la conversación fuera más general. “¿Alguien ha leído *La novia de Lammermoor*? Jane y yo la hemos estado leyendo por turnos.”

El señor Darcy le dio crédito por no monopolizarlo en una conversación privada, a pesar de la oportunidad que le había dado. Él aplastó el más mínimo dolor que ella había arrojado a su abertura.

Caroline se ajustó el collar. “Leí *Lammermoor* hace más de un año. Charles tenía una copia encuadernada para nosotros la primera semana de su publicación. Colecciono todo de Sir Walter Scott. Realmente leo demasiado a veces.” Apoyó la cabeza casi sobre el hombro de Darcy. “Mi médico me dijo que no debía sobrecargar mis ojos.”

“Yo también la leí,” dijo la tímida voz de Georgiana. Darcy se levantó inmediatamente para hacerle espacio en el círculo y le pasó la mano por el brazo.

“¿Y qué pensaste?” Preguntó. “¿Es tan buena como *Waverley*?”

“No, termina trágicamente y prefiero... los finales felices.” Se puso un poco roja y Darcy le apretó la mano.

“Está llena de prejuicios escoceses,” indicó Caroline con desdén. “Con reminiscencias de *Romeo y Julieta*, pero no es tan lírica.”

Bingley se rió. “¡Qué amigos tan leídos tengo! Nunca leo nada excepto los periódicos de Londres, y no con frecuencia. Sin embargo,” volteó hacia Jane, “lo logré durante dos años en Oxford, ¡para gran agotamiento de mis profesores! Generalmente, prefiero montar, cazar o incluso jugar al ajedrez que leer. Darcy *me ganará* en el ajedrez, pero el backgammon es un juego que requiere algo de suerte. No soy tan malo en eso.”

Jane le sonrió. “Estoy segura de que tampoco eres malo en el ajedrez.”

Darcy observó que Bingley tenía una luz cálida en sus ojos hacia ella, una mirada más penetrante y protectora que la habitual. Bingley había perseguido a varias mujeres hermosas, pero esto había ido más allá. Bingley estaba seguro de sí mismo y casi seguro de ella. Esto era

realmente serio.

Los ojos de la señorita Elizabeth también estaban fijos en ellos, y Darcy se encontró analizándola, mientras la conversación avanzaba y ella estaba distraída. Ella no era una belleza clásica, él decidió, a pesar de haberlo dejado boquiabierto por un momento.

Era delgada para ser una mujer adulta. Su boca y su barbilla eran firmes. Su tez era bastante bronceada en comparación con la de su hermana, y cuando sonreía mostraba demasiados dientes. Él era igual de bueno. Nunca sería bueno mostrar demasiada atención a una chica de campo hacia la que no podría tener atenciones serias.

Pero... la forma en que ella se reía, como si estuviera en camaradería con el grupo, pero también con su propia diversión interior, era cautivadora. Sus ojos eran llamativos y expresivos, ¡cielos! ... Él había estado mirándola durante demasiado tiempo.

Esto no era propio de él en absoluto. Decidió ordenar sus pensamientos y lo logró durante algún tiempo, hasta que el grupo se reorganizó para ir al comedor.

Caroline Bingley se había presentado como su compañera de cena, pero la señorita Elizabeth estaba cerca.

Cuando ella giró la cabeza para hablar con su padre, lo tomó por sorpresa un cuello y una mandíbula bastante hermosos. Él se encontró visualizando un beso robado justo debajo de su oreja...

Darcy se sobresaltó física y mentalmente. ¿Qué hechizo ridículo fue este? No era un estudiante universitario inexperto ni un caballero de la ciudad como para permitirse pensamientos así sobre una joven bien educada. Además, ella era una mujer joven con relaciones mediocres en el mejor de los casos.

Solo podía achacar sus sentimientos de enamoramiento al olor navideño y a la decoración de la casa. Hacía mucho tiempo que no celebraba la Navidad. Georgiana solía pasar las vacaciones de Navidad con su tía y sus primas. Darcy no se había sentido lo suficientemente festivo como para decorar Pemberley solo para él.

A su madre le encantaba la Navidad. Antes pasaba semanas, preparando cajas para los sirvientes. Hizo de Pemberley un derroche de ricos olores: canela, bollos de azúcar y sidra. Había adornos de madera y coronas de acebo, pudín navideño y un tronco de Navidad gigante.

Netherfield le recordaba a la familia y a las Navidades pasadas, y tal vez se sentía bastante solo.

El pensamiento de su madre le hizo mirar a Georgiana. Algún día se parecería mucho a ella. Quizás el año que viene animaría a Georgiana a encargarse de la decoración de Pemberley. Quizás incluso invitaría a Bingley a venir.

Ciertamente, no necesitaba permitirse pensamientos sobre una joven cualquiera simplemente porque se había permitido aislarse demasiado.

Con pensamientos como estos, el señor Darcy esperaba poder cenar sin mirar demasiado a Elizabeth Bennet.

LIZZY NO PUDO EVITAR NOTAR la mirada del señor Darcy, a medida que avanzaba la velada.

Parecía como si le hubiera gustado seguir hablando de lámparas, carbón y química, y ella era lo suficientemente femenina como para disfrutar de haberlo sorprendido con su conocimiento del tema.

Al parecer no era de esos caballeros que preferían que las mujeres fueran ignorantes o *fingieran* ignorancia para poder hablar más, y ella lo agradecía. Debía tener muchos defectos que

ella aún no conocía, pero en general, estaba dispuesta a agradarle. Basado en su solicitud por su hermana, su indiferencia hacia Caroline y la única sonrisa genuina que ella le había visto dar, que daba un atisbo de buen humor, ella demostró potencial.

La única pega en el ungüento de la noche la suministró, como era de esperar, Caroline. Subrepticamente había llevado a Lizzy aparte antes de la comida.

“Señorita Eliza...”

“Lizzy o Elizabeth, por favor.”

“Me siento obligada a advertirles que la familia Darcy de Pemberley es un linaje antiguo y establecido. La audacia y la impertinencia no son en absoluto lo que admiran ni se merecen. Ya he oído a tus hermanas hablar de sus ingresos, y solo puedo decir que nada mejora tanto la espalda de un hombre como la sensación de ser perseguido.”

Lizzy casi se rió en su cara. ¿Quién estaba cazando, sino la señorita Bingley? Lizzy se abstuvo de reír, pero sonrió cálidamente. “Por supuesto. Me inclinaré ante tus mejores conocimientos.”

La barbilla de Caroline se inclinó satisfecha, a medida que avanzaba, aunque no pasaron muchos minutos antes de que sus ojos se nublaran y pareciera darse cuenta de que Lizzy podría haberse estado burlando de ella.

Lizzy no podía estar segura, pero era satisfactorio pensar así.

En la disposición de los asientos durante la cena, con escasez de hombres debido a la abundancia de las mujeres Bennet, Lizzy se encontró entre Kitty y la tímida señorita Darcy. El señor Darcy estaba frente a Lizzy, intercalado entre Jane y Caroline.

La forma en que Lydia y Kitty seguían juntando sus cabezas y mirando al señor Darcy hizo que Lizzy se retorciera, pero al menos estaban relativamente calladas con sus chismes.

La comida (ave asada, liebre, confites, pasteles de carne y más) estuvo bastante buena, pero Lizzy solo le prestó escasa atención, con mucho más interés en estar acompañada.

Primero intentó entablar conversación con la señorita Darcy, pero eso no fue fácil.

“¿Cómo te ocupas en un momento libre, señorita Darcy?” Preguntó Lizzy. “¿Dibujas?”

“Oh, sí. A menudo.”

“¿Qué materias cursas? ¿Has dibujado a tu hermano?”

Sus ojos se dirigieron hacia ellas por un momento. Lizzy estaba un poco sorprendida de sí misma; casi estaba coqueteando.

“Rara vez me deja,” dijo la señorita Darcy.

“Entonces, ¿qué prefieres?”

“Casi cualquier cosa, supongo. Una mesa, un pájaro, una pluma... cualquier cosa que despierte mi interés.”

“Eso suena amoroso. ¿Y tocas el piano?”

“Oh, sí.”

“Para ser más específica,” insistió Lizzy, “¡la señorita Bingley me dice que tocas exquisitamente! Debes encontrar esto como una gran alegría. Me temo que a mis hermanas y a mí nos ha parecido una tarea ardua.”

La señorita Darcy pensó mucho en eso. “Creo que para mí se alternan diariamente (¡posiblemente, momento a momento!) la alegría y la tarea. Generalmente existe algún punto intermedio. Ciertamente es absorbente, y cuando yo... cuando no quiero tener mis propios pensamientos, siempre hay práctica.”

Lizzy se sorprendió ante las profundidades ocultas de esta respuesta, pero se abstuvo de preguntarle a la señorita Darcy por qué, a su edad, no quería dominar sus propios pensamientos.

De hecho, Lizzy pensó que sería mejor no preguntarle nada más a la pobre muchacha, ya que se había puesto bastante irritada e incluso tenía lágrimas en los ojos.

Preguntándose cómo había cometido un error tan grave, Lizzy levantó la vista y se encontró con los ojos del señor Darcy. Ella inclinó la cabeza e hizo una leve mueca de disculpa, y él pareció entender. No era muy expresivo, pero sus labios apretados y sus ojos suavizados contaban su propia historia.

“Mi hermana y yo regresaremos a casa en dos semanas,” él dijo. “Creo que ambos sentimos un poco de nostalgia.”

“Tienes mi simpatía, pero debo decir que te envidio la experiencia,” manifestó Lizzy. “Nunca he estado fuera de casa el tiempo suficiente como para sentir nostalgia. ¿No es una palabra evocadora? Me recuerda a lo desconsolado, lo hogareño y lo conmovedor.”

Su verdadera sonrisa casi apareció. “Esos son algunos de mis sentimientos sobre Pemberley, sí. ¿No te gusta mucho tu hogar? Hablas como si fuera así.”

“Por supuesto que estoy apegada a mi familia, pero no puedo decir que tengo mucho cariño a mi hogar. Me temo que, cuando entramos en pleno invierno, a menudo me siento más cerca del *homicidio* que de la *nostalgia*.”

Su hermana menor, Lydia, de repente exclamó: “Pero, papá, ¿por qué no debería tomar vino como lo hacen Lizzy y Jane? No es justo. Es demasiado ridículo.”

El padre de Lizzy simplemente le entregó su vaso con una mirada irónica. “A tu servicio, querida.”

Lydia tomó varios tragos grandes. “Está bien, ¿ves?” Sus ojos lagrimearon levemente, pero mantuvo la cabeza en alto. Cuando unos segundos más tarde se le escapó un innoble resoplido y tos, el grupo se rió.

Lizzy se hundió en su silla por un momento. ¿Por qué su padre animaría a Lydia a exponerse? Había bebido vino durante años, por supuesto, pero Lydia apenas tenía quince años. No estaba acostumbrada al vino más fuerte que se servía esa noche.

Lydia vaciló un momento, luego agitó sus rizos castaños claros y se rió con ellos, como si hubiera hecho una buena broma.

Lizzy suspiró. Algún día Lydia se daría cuenta de que ser objeto de una broma no era lo mismo que ser el brindis de una fiesta, pero para entonces tal vez ya fuera demasiado tarde.

El señor Darcy observó todo con ojos medidos.

## CUATRO

CUANDO LAS DAMAS SE RETIRARON del comedor, Caroline estaba triste.

La completa devoción de su hermano por la señorita Jane Bennet ya era problemática. Pero la forma en que el señor Darcy miraba a Elizabeth (¡y ella a él!) era mucho peor.

¿Qué podía ver él en esa muchacha impertinente? Era delgada, morena y tan engreída que no podía soportarla. Era del tipo bastante fanfarrón, ávida de atención.

Pero no cabía duda de que el señor Darcy le *había* prestado atención. Incluso había iniciado una conversación con ella varias veces.

Caroline no tenía prisa, pero le gustaría mucho casarse antes de la próxima temporada en Londres. No había ninguna razón para que tuviera que esperar a que *Eliza Bennet* desapareciera de la escena. Eso era muy irritante.

EL SEÑOR DARCY, cuando él y los demás caballeros acompañaron a las damas después del oporto, se encontró gravitando nuevamente hacia Elizabeth.

Esta vez Darcy tenía una buena excusa para entrar en su círculo. Había pensado, en la media hora intermedia de copas después de la cena, llena de diálogos y risas masculinas, que tal vez se había imaginado los ojos hechizantes y el rostro atractivo de Elizabeth. Otro momento para contemplarla y él confirmaría que no estaba nada fuera de lo común.

Pero, ¡ay! Ese momento llegó y pasó sin romper el hechizo.

Él quería escuchar lo que ella diría tanto como quería verla. Y si los demás no la molestaban, quería hablar con ella y saber qué diría.

Darcy nunca se había creído enamorado; no creía en el apego repentino. Tampoco lo sabía ahora. Sin embargo, sentía que ahora podría entender por qué la gente hacía cosas tan estúpidas bajo tal influencia.

Al mirarla, sintió como si hubiera bebido un vaso de whisky, en lugar de un oporto puro. Se sentía cálido y un poco impulsivo.

Quería hablar con ella, una vez más, antes de que ella se fuera. Algo común, para que él supiera que ella era como cualquier otra mujer. Ella era un poco superior en rapidez y conocimiento, tal vez, pero esencialmente era la misma.

Cuando Caroline sirvió el té, él y Elizabeth se hicieron a un lado para dejar espacio a los demás alrededor de la bandeja de té de la señorita Bingley.

“Ha sido un invierno inusualmente cálido, ¿no es así?” Resaltó Darcy.

Elizabeth asintió. “Efectivamente, pero, ¿debemos recurrir al clima? Yo habría elegido otra cosa, pero admito que esta tarde *hemos* hablado de varios temas interesantes. Probablemente,

debería discutirse algo aburrido en aras de los temas promedio.”

El señor Darcy volvió a sentir esa falta de aliento y esa ausencia de palabras preparadas. Era como si ella hubiera entrado en su mente y hubiera recurrido a sus razones. ¿Demasiada atención a una joven? Terminaría la velada con algo aburrido para equilibrarla.

¿Adivinaría tan bien sus pensamientos de otras maneras...? O ¿eso fue simplemente una casualidad? ¿Por qué no quería que así fuera? ¿Por qué quería trazar sus labios con la yema del pulgar?

“El invierno,” añadió amablemente, “ha sido muy cálido.”

“¡Eh! Sí. Posiblemente, presagia una primavera temprana.”

“Muy cierto.” Ella sonrió. “Solo necesitamos decir algunas cosas más sobre el paisaje y la excelencia de Netherfield. Entonces, si me preguntan sobre esta noche (lo cual haré, ya que usted y su hermana son un gran objeto de interés para el vecindario), podré decir que en general, su conversación fue un lugar común.”

Sintiéndose demasiado abrigado, el señor Darcy hizo una reverencia y se alejó abruptamente.

ERAN CASI las once cuando él y Bingley subieron a jugar al billar y tomar una copa. El grupo de Netherfield se había despedido de los Bennet hacía aproximadamente una hora. Hubo despedidas efusivas y algo prolongadas por parte de Bingley, no tanto por el resto de ellos. Darcy se había mantenido bastante alejado de Elizabeth. Para un hombre con un autocontrol férreo, hablar con ella era como escalar un auténtico acantilado. Así eran los acantilados blancos de Dover, listos para atraer a un hombre con belleza y luego desmoronarse para pintarle las manos con tiza y estrellarlo contra las rocas.

Bingley dispuso las pelotas de billar de marfil, dos blancas y una azul, sobre la mesa. “Entonces, conociste a mi Jane. ¿No es ella un ángel?”

Darcy pasó el taco de arriba a abajo en su mano, frotando la punta de cuero. “Ella es guapa y amable, te han gustado muchas mujeres inferiores.”

“¿Guapa y amable? Ella es hermosa y dulce, y tú lo sabes.” Bingley alineó un tiro y realizó la primera jugada. “Ya no puedo pensar en otras mujeres. Solo Jane. Estoy planeando pedirle la mano a su padre esta semana. Si todo va bien, podemos anunciar nuestro compromiso en el baile de Navidad. Entonces solo tendremos que leer las amonestaciones y podremos casarnos a finales de enero.”

“¿La conociste recién en... qué? ... ¿Septiembre?” Darcy se inclinó y alineó su taco. El golpe de una pelota blanca contra una azul produjo un fuerte crujido.

“Muchos acuerdos matrimoniales se hacen en menos tiempo.”

“Cierto. No es que crea que no la conoces. Probablemente no te resulte convincente, pero hay que decirlo: podrías hacerlo mucho mejor.”

“¿Hacer algo mejor que la bondad, el bien, el humor y la belleza? ¡Debes pensar muy bien de mí! Ya siento que no soy digno de ella.” Bingley hizo otro tiro, pero fue casi del largo de la mesa y la primera pelota falló y no tocó la segunda.

Darcy se aflojó la corbata antes de su turno. “Pero, ¿podríamos... no *podrías* encontrar esas cosas en una dama con una mejor dote, tal vez con mejores relaciones? ¿No dijiste que su tío vive en Cheapside?”

“No, creo que vive en Gracechurch Street. Es abogado.”

Darcy enarcó las cejas. “Lanzaste una piedra.”

“Si no tienes otra objeción que sus relaciones, entonces eso no es nada. La amo.”

Darcy hizo una mueca y realizó su siguiente disparo. Golpeó demasiado fuerte. La primera bala alcanzó a su objetivo con un golpe indirecto, pero no en la dirección que él quería. Se enderezó con una mirada ceñuda. “No estoy diciendo que no te preocupes por ella, ni siquiera que la ames. Solo... ¿No crees que el enamoramiento puede ocurrir más de una vez? Parece ser el caso de muchos.”

“Ciertamente, no voy a arriesgarme.” Bingley observó la disposición de las pelotas. “¿Te sientes bien, Darcy? Normalmente me lleva más tiempo ganarte al billar.”

Darcy forzó una risa. “Debo estar cansado. El horario de la ciudad en el campo parece mucho más tarde que en Londres.”

Bingley disparó otro tiro. “Bueno, entonces vete a la cama. Pero, mañana...”

“¿Sí?”

“Si viajo a Longbourn por la mañana, ¿me acompañarás? Estoy dispuesto a hacer mi propuesta. No quiero esperar más. Y no es que le tenga miedo... ¡en absoluto! Pero, me siento muy *idiota* ante este tipo de cosas. Una vez que me instale en el salón y todas las mujeres me hablen, será endiabladamente incómodo excusarme para hablar a solas con Jane y luego ir a la biblioteca para hablar con su padre.”

“Simplemente tienes que decir esas palabras y te liberarán instantáneamente. ¿*Te das cuenta* de que esperan tu oferta? Sabrán por qué deseas hablar con ella a solas.”

“Por supuesto que lo sabrán, eso es lo que lo hace un poco incómodo. Es... ¡No puedo explicártelo! ¿Nunca nada te molesta, Darcy? ¿Nunca te sentiste incapaz de afrontar una situación?”

“Es muy posible que me sienta incapaz de enfrentarme a todas esas mujeres, mientras tu propones matrimonio. Las dos más jóvenes se reirían sin cesar y su padre no hará nada para domesticarlas. Si decidiste proponerle matrimonio, seguramente, no me necesitas.”

Los hombros de Bingley cayeron.

Darcy era muy diferente de Bingley, pero no carecía de compasión. Lastimar a su amigo era como patear a un perro. “Oh, muy bien. Puedes arrojarme al abismo. Te acompañaré y en el bullicio de dar la bienvenida, puedes solicitar unos momentos con la señorita Bennet. O podrías escabullirte a la biblioteca para preguntarle primero a su padre, aunque eso es anticuado.” Pensó en Elizabeth. “¿Hay una buena biblioteca?”

Bingley lo miró sin comprender, como si Darcy le hubiera preguntado qué patrón adornaba las paredes. “No lo sé, probablemente. Su padre parece pasar todo su tiempo allí y de ahí proviene una buena parte de sus ingresos extra. En cuanto a eso, aquí en Netherfield hay una colección decente, vino con la casa. Si quieres material de lectura...”

Darcy no tenía ningún deseo de leer, pero era mejor que Bingley así lo creyera. Darcy nunca en su vida se había sentido atraído por una chica como lo había sentido esa noche, pero sería un insulto más si Bingley lo adivinara.

“Esperaré para investigar la biblioteca mañana,” expresó Darcy. “Buenas noches.”

## CINCO

JACK LOGRÓ LIMPIAR EL ÚLTIMO cubículo poco después de las nueve de la mañana. En los establos ahora se encontraban los dos caballos de tiro del señor Bingley, otro caballo, las dos yeguas de la señorita Bingley y los caballos del señor Darcy.

Entre ellos se encontraban los dos bayos de buen paso que había visto el día anterior, así como dos caballos de tiro más pesados y un castrado negro para montar. En total, eran diez hermosos caballos.

A Jack le encantaban los caballos, pero no se podía negar que diez caballos ensuciaban mucho más que cinco. Se sacudió un poco de heno de su pequeña chaqueta.

El jefe de los mozos de cuadra, Chapman, sonreía ampliamente cada vez que entraba. Solo con ver el establo lleno de caballos hacía que su rostro algo curtido pareciera diez años más joven. Era bastante mayor, probablemente rondaría los cuarenta, pero era una maravilla con los caballos.

El trabajo de Jack incluía limpiar los establos dos veces al día, alimentar a los caballos, rellenar agua y hacer cualquier otro trabajo ocasional que Chapman le encargara. Chapman tenía el privilegio de preparar y ejercitar a los caballos según fuera necesario, aunque a veces dejaba que Jack le ayudara a frotarlos. Por lo general, si no había trabajo inmediato, Jack se quedaba observando. Le gustaba ver a Chapman peinar, frotar y cepillar con cariño a los caballos hasta que sus pelajes y crines brillaran como la seda. Sus manos se movían a ritmos lentos y tranquilizadores.

Sin embargo, hoy, tan pronto como Jack terminó, se presentó ante el jefe.

“¿Puedo hacer un recado, señor Chapman? ¿Volver a Meryton? Estaré de regreso al mediodía y ¡no me perderé ninguna de mis tareas!”

Chapman estaba usando un poco de paja para frotar la segunda yegua de la señorita Bingley. “¿Visitar a tu mamá?”

“¡Eh! ... Sí, señor. Algo así como... Quiero darle un regalo.”

“¿Un obsequio? El mejor regalo que podrías darle a tu madre sería trabajar duro aquí, muchacho.”

“Lo sé. Lo haré. Es solo que... mi papá no está aquí para darle un regalo. Es mi trabajo este año.”

Chapman estaba de espaldas a él, pero su mano vaciló ligeramente sobre el hermoso flanco de la yegua. “Supongo que lo es. Muy bien. Ir a Meryton y regresar. De hecho...”

Buscó en su bolsillo su pañuelo y desenvolvió algunas monedas. Colocó un chelín en la mano de Jack. “Aquí tienes, muchacho. No lo esperes todos los años.”

“¿Un chelín? ¡Gracias!” Un chelín valía doce peniques. Junto con sus otros dos, tendría más

que suficiente para el bolso de su madre.

Chapman reanudó sus círculos tranquilizadores mientras frotaba al ejemplar. “Sube y vuelve pronto. Quiero tu ayuda para arreglar uno de los estantes de arcos esta tarde.”

LIZZY HABÍA SALIDO A DAR un paseo a media mañana y cuando regresaba, observó la llegada de Bingley a Longbourn.

Las agujas de pinos estaban espesas y secas bajo sus pies, aunque algunas se pegaban a sus botas de caminar y a la capa de barro que habían adquirido en el campo.

Bingley siempre parecía el perfecto caballero rural en sus visitas. Llevaba botas relucientes y un abrigo de montar de color leonado. Su cabello rubio brillaba bajo su sombrero.

Era demasiado brillante para Lizzy, tanto física como metafóricamente. ¡Era tan feliz, tan alegre, tan dispuesto a complacer y a ser complacido! Era todo lo que debía ser y, sin embargo, Lizzy no podía imaginarse a sí misma con un hombre así.

Jane, por supuesto, lo encontró perfecto. Serían la pareja más alegre que existe.

El señor Darcy vino con él, hoy, montando su propio caballo, que era una hermosa bestia negra. El señor Darcy no parecía enojado per se, pero ella tuvo la impresión de que solo sonreía cuando realmente quería hacerlo, y ese no era el estado de reposo de su rostro, como parecía ser el caso de Bingley. El cabello de Darcy estaba menos a la moda que el de su amigo, ya que era oscuro y corto.

Sus caballos removieron el barro, mientras cabalgaban por el camino que conducía al frente de Longbourn. Grupos de estos salpicaban la maleza seca a lo largo del camino, y los cascos de los caballos dejaban pequeños huecos en la tierra compacta del patio lateral cuando entraban.

Lizzy esperó donde estaba, escondida en el pinar. Ella no quería llegar en el mismo momento que ellos.

Ambos caballeros descendieron de sus caballos. Bingley le arrojó una moneda a John, uno de los trabajadores agrícolas de su padre, para que llevara sus caballos al establo.

Luego se quedaron afuera un momento, quitándose un poco de barro de las botas. Y, a menos que estuviera muy equivocada, Bingley estaba recibiendo algún tipo de estímulo por parte del señor Darcy. El señor Darcy asintió varias veces con la cabeza y pareció hablar vigorosamente. Finalmente, fue él quien dejó caer la aldaba de la puerta de entrada.

¿Podría ser que el señor Bingley finalmente hubiera decidido proponer matrimonio? ¿Estaba nervioso? Seguramente, él sabía que Jane lo adoraba.

Cuando desaparecieron adentro, Lizzy corrió hacia la entrada de la cocina, desde donde subió corriendo las escaleras de servicio. Se cambió el vestido, arreglándose rápidamente el pelo revuelto por el viento, ansiosa por saber si su suposición sobre Bingley era correcta. Y si ella también quería volver a hablar con el señor Darcy... No había nada malo en ello. Kitty y Lydia habían caminado hasta Meryton, por lo que solo Jane, Mary y su madre los saludaron.

Cuando Lizzy volvió a bajar, esta vez por las escaleras del frente, escuchó a su madre hablar largamente en el comedor. Su voz todavía estaba ronca por el dolor de garganta, pero eso no parecía frenarla.

Lizzy abrió la puerta y entró. Inmediatamente catalogó la presencia desaparecida de Bingley y Jane, el rostro enrojecido y encantado de su madre, y, por último y más angustiosamente, la expresión de altiva repugnancia que cubría el rostro del señor Darcy.

El comedor todavía estaba desordenado por el desayuno. Había migas y sobras sobre la mesa, platos manchados de salsa y tazas de té frías. Mary era la única otra hermana presente y tenía la

nariz metida en un libro de sermones.

“Oh, Lizzy,” gritó su madre. “Ha ocurrido algo. El señor Bingley está encerrado con Jane en la sala de estar mientras hablamos. ¡Sabía que Jane no podía ser tan hermosa en vano! Señor Darcy, ¿no cree que harán la pareja más guapa? Debes estar muy feliz por tu amigo. ¡Cuatro mil al año!”

“Mamá,” dijo Lizzy bruscamente.

La barbilla del señor Darcy se había hundido en su cuello y todo rastro del cariñoso hermano y amigable caballero reflejado ayer por la tarde había desaparecido. Mary, generalmente tan divorciada de las disputas familiares, lanzó una mirada con los ojos muy abiertos a Lizzy, y supo que su madre debía haber estado exponiendo en ese tono durante los últimos cinco minutos. ¡Pensar que Lizzy lamentaba la ausencia de Kitty y Lydia! Al menos habrían acallado las exclamaciones de su madre.

¡Oh! ¿Por qué Bingley no pudo haber venido solo? Si realmente estaba pidiendo la mano de Jane (lo que Lizzy había estado esperando durante quince días), Jane merecía ser feliz hoy y no quedar avergonzada. Los tiempos desesperados exigían acciones desesperadas. Si Lizzy no podía acabar con su madre, ¿podría eliminar al caballero?

“Señor Darcy.” Lizzy hizo una reverencia y él se levantó tardíamente y también la correspondió con una reverencia. “Ya que tu amigo está ocupado, ¿le gustaría salir un rato al aire libre? ¿Quizás entre los arbustos?”

DARCY ESTABA HORRORIZADO por su amigo. La señora Bennet no tenía delicadeza, era vulgar y mercenaria. Ya había mencionado los ingresos de Bingley, al menos tres veces. Claramente, ella tenía toda la intención de casar a su hija con Bingley para obtener su fortuna. ¡No podía dejar de alardear de ello! Si Darcy hubiera conocido a esta mujer antes, le habría ofrecido un consejo muy diferente a Bingley.

Podría haberlo arrastrado a Londres a la fuerza.

¿Jane, la futura esposa de Bingley, tuvo siquiera los buenos modales de sentirse avergonzada por todo esto? Parecía gentil y de buen comportamiento, pero él no la había visto con su madre.

¿Quería siquiera casarse con su amigo? Había sido amigable y cálida con Bingley, pero, ¿era esa su preferencia? ¿Había sido todo esto obra de su madre? Probablemente a Jane no le disgustara el matrimonio (¿podría alguien sinceramente desagradarle a Bingley?), pero tal vez no le importara eso de ninguna manera en particular.

¡Qué aplastante era esto para su amigo! Darcy se sentía diez veces más idiota por no haber presionado para conocer a la señora Bennet, antes de que su amigo propusiera matrimonio. Habiendo hablado con Jane y Elizabeth una noche anterior, había asumido que su madre debía ser una dama. Más bien, él era un tonto. Esta autocondena solo contribuyó a su mal humor.

Y cuando Elizabeth apareció de repente ante él, con los ojos brillantes, y le pidió atrevidamente que caminara entre los arbustos, sintió un retroceso por su propia cuenta. ¿Ella también le había ‘puesto la mira’, como decía el dicho, a causa de su fortuna? ¡Esa noche anterior parecía tan natural y nada afectada! Tan inteligente y vivaz e indiferente a su opinión. Tal vez simplemente era excelente adivinando lo que le gustaba, ella ya había demostrado ser experta en leerlo a él.

“No, gracias,” respondió Darcy, sintiéndose traicionado. “Me siento perfectamente cómodo esperando a Bingley aquí.”

El rostro de Lizzy decayó un poco y se sentó insegura en uno de los espacios vacíos junto a

su hermana mediana. Eran una imagen tan bonita. ¡Cómo le desagradaban a Darcy las sórdidas maquinaciones del matrimonio!

La señora Bennet se frotó las manos. “¡Ojalá las chicas más jóvenes estuvieran aquí! Estarán muy emocionadas. ¡La ropa de boda! Debo avisar a tu tía Gardiner sobre pedidos de cosas desde Londres. Me pregunto si Bingley obtendrá una licencia especial. ¡Me encantaría contar cómo Jane se casará con una licencia especial!”

Lizzy ahogó un gemido. “Mamá, ni siquiera lo sabemos. En realidad, no deberíamos especular. Al menos pasemos a la sala del frente. Al señor Darcy no le gusta sentarse aquí, en medio de nuestro desayuno desordenado.”

En ese momento tan poco propicio, Jane volvió al comedor.

“¡Oh, Jane!” Exclamó la señora Bennet, levantándose y abrazándola. “¿Él ha ido con tu padre? ¡Me has hecho tan feliz!”

“Sí. Yo también...” Jane estaba increíblemente feliz, pero aparentemente no estaba más allá de la dura mirada del señor Darcy.

Se interrumpió y se llevó unos dedos fríos a las cálidas mejillas, que ardían. No llegó a mirar los ojos entrecerrados del señor Darcy, que la observaban con una distancia fría y evaluadora. Ella tragó y trató de reagruparse. “Yo... Él se reunirá con nosotros directamente. Lamento que haya tenido que esperar aquí, señor Darcy.”

Lizzy secundó esto y finalmente condujo al pequeño grupo a su salón, que también estaba un poco desordenado, pero mucho mejor que el comedor.

Apretó la mano de Jane en el pasillo con una rápida sonrisa.

Con un valiente esfuerzo, Jane intentó iniciar una conversación. El señor Darcy se había sentado rígidamente en una silla de madera junto a la ventana. “¿Su hermana y usted van a pasar una larga estancia en Hertfordshire, señor?”

Lizzy estaba segura de que Jane ya le había preguntado eso la noche anterior. Todos habían escuchado la respuesta.

Darcy retiró la mirada. “No, no por mucho.”

Su madre volvió a abrir la boca, pero Lizzy no pudo soportarlo. “La señorita Bingley nos dice que tu hermana es toda una artista y experta en música. ¿Acaba de llegar de la escuela?”

Sus fosas nasales se dilataron. “Georgiana asistió durante algunos años a un seminario selecto, pero, desde hace seis meses tiene su propio establecimiento.”

¿Qué había en eso para dar la espalda? Sin embargo, él parecía más inaccesible que nunca.

Afortunadamente, los cuatro escucharon el sonido de la puerta de la biblioteca abriéndose. En un momento, entraron el padre y Bingley. El segundo parecía bastante sonrojado y, hay que decirlo, joven y demasiado tonto. El padre se rió entre dientes, ante este incómodo agrupamiento, y luego se dirigió hacia Jane. “¿Quieres acompañarnos un momento, querida?”

Jane se levantó inmediatamente y los siguió. El señor Darcy también se había levantado cuando entraron y parecía seriamente irritado por tener que volver a dejarlo. Parecía que no podía decidirse a volver a sentarse. Su espalda estaba dolorosamente recta.

La madre se secó los ojos con una de las muestras de costura desechadas por Kitty. “Pensar... mi hermosa Jane...”

Lizzy no podía soportarlo. “Señor Darcy, hay una vista así desde la cima de la colina más allá de nuestro jardín. Es el monte Oakham. Ahí puedes ver todo el camino hasta Meryton.”

Cuando ella se acercó a la ventana, él se alejó, pero ella logró sacarlo al pasillo, sin dejar de hablar. “Me encanta caminar así a primera hora de la mañana, pero, incluso al mediodía es encantador. Tú, un extraño por estos lares, debes disfrutarlo. No serán necesarios ni cinco

minutos.”

Apenas respiró hondo hasta que salieron por la puerta principal. Él no parecía feliz, pero tuvo ánimos para agarrar su sombrero de la mesa del vestíbulo. Lizzy agarró el sombrero de Lydia, que ella había dejado colgado descuidadamente en el respaldo de una silla y lo ató cuando salieron.

“Pido disculpas por ser tan atrevida. Dejaré de molestarlo,” dijo Lizzy. “Estoy feliz de caminar en silencio.”

Esto obtuvo una mirada abrupta de su parte, pero ningún reconocimiento.

El sendero de la colina los llevó más allá de los pinos donde ella los había visto llegar, y luego más allá. La hierba seca del invierno se mecía con el viento, y los robles y las hayas ya habían perdido la mayor parte de sus hojas. Había una ligera brisa, más fuerte que la de la mañana, y Lizzy se ató un poco más el sombrero, mientras caminaban.

Sabía que él estaba ofendido por el comportamiento de su madre. Conocer a la señora Bennet el mismo día del compromiso de Jane fue la peor presentación posible. Debió haber sido un shock, dado que nunca la había conocido antes y había venido en busca de misericordia para su amigo. Lizzy quería desesperadamente defender a su madre, explicarle y justificar sus comentarios insensibles. Lizzy podría explicar cómo funcionaba la vinculación, dejando a su prima en Longbourn. Podría explicar cómo su madre realmente había temido que se quedaran sin nada. Pero el silencio pétreo del señor Darcy no invitaba a dar explicaciones.

Además, un relato detallado de la dudosa mala gestión financiera y el futuro de sus padres no haría nada para levantarlo ante sus ojos.

No, ella se lo había llevado para que Jane estuviera tranquila y eso era suficiente. Cuando Jane volviera a salir de la biblioteca, podría regocijarse con un verdadero deleite sin la presencia de Darcy. Era un regalo para su hermana y esto no daba permiso a Lizzy para perseguir al señor Darcy con explicaciones que no quería ni necesitaba.

“Ya deben haber llegado a un acuerdo,” expresó finalmente el señor Darcy. “Esta caminata parece durar mucho más de cinco minutos.”

“Supongo que me parece más rápida después de haberla caminado tantas veces.”

Él siguió caminando en silencio.

Lizzy casi se sintió intimidada por su severa desaprobación. Esto nunca serviría. Odiaba sentirse intimidada. Sus buenas intenciones disminuyeron levemente y enderezó el cuello.

“No puedo expresar lo feliz que estoy por Jane. Lo que más le llamó la atención fue Bingley la noche en que se conocieron, y su buena opinión no ha hecho más que aumentar en los últimos meses.”

“Él ciertamente piensa muy bien de ella.”

Al menos, él estaba hablando. Lizzy podía soportar la rigidez y lo desagradable mucho mejor que la dureza y el silencio.

“Bueno, entonces tienen una base tan buena para la felicidad como cualquier pareja, y bastante más que la mayoría. Ambos son tan buenos y agradables que me atrevo a decir que nunca discutirán. Jane piensa lo mejor de todos (¡es una ceguera extraña!) y seguramente siempre verá lo mejor en el señor Bingley.”

“Bingley no tiene mucho de malo excepto la impulsividad y... la tranquilidad.”

Lizzy se rió. “¿No es eso algo bueno?”

“No si algo debería enojarlo y no lo hace.”

“Le he dicho lo mismo a Jane. Ellos cortejan el maltrato cuando interpretan todo de la manera más optimista.”

Él le dirigió una mirada incrédula, como si ella no entendiera el punto.

“Creo que te entiendo,” dijo Lizzy. “Mi madre fue imprudente e insensata en la forma en que habló hace un momento. Pero tenga en cuenta que la tomaron por sorpresa y está demasiado emocionada. Muchas personas con una mejor comprensión que ella han sido traicionadas y hacen tonterías cuando se les concede un querido deseo. Ella valora a Bingley, no solo por sus ingresos. Y, por favor, crea que, independientemente de lo que mi madre haya dicho, Jane lo ama mucho.”

Él se desinfló ligeramente por su rígida indignación. “Como es demasiado tarde para que Bingley retroceda, solo puedo esperar que tengas la razón. A mí, tu hermana me pareció más agitada que feliz.”

Lizzy volvió a alargar el paso para seguir el ritmo de Darcy. Él era tan alto. “Frente a un extraño enojado, ella no era la misma. Te lo prometo, como su hermana más cercana, Jane lo ama.”

“No es necesario que sigas tranquilizándome. Como dije, Bingley está comprometido ahora. La única manera de romper el compromiso sería que tu hermana se retractara.”

“No digo eso porque tengo miedo de lo que pueda pasar. Yo...” Lizzy no podía expresarlo con palabras. Ella quería que él pensara lo mejor de todos ellos, por supuesto, pero era más que eso.

Lizzy se detuvo en la cima de la colina. El camino continuaba por el otro lado, pero allí era donde ella se quedaba a menudo por las mañanas.

Él agitó una mano. “¿Es esta la vista de la que hablabas?”

“Sí. Ahora es más bien marrón y poco atractiva, pero, en el verano, cuando los campos están plantados y crecen, los árboles frutales brotan y el olor de sus flores se filtra... Es bastante maravilloso.”

“Qué desafortunado debería ser aquí en diciembre,” él expuso rotundamente. Dio la vuelta para regresar.

Lizzy era la que estaba molesta ahora. Estaba intentando ser agradable en una situación incómoda. ¿No podría tener él la decencia común para igualar sus esfuerzos?

Volvieron en silencio. La única vez que se quebró fue cuando Lizzy saludó al nuevo mozo de cuadra de Netherfield. Él regresaba de Meryton con una decidida caída de hombros.

“Hola. Eres Jack, ¿no? Buenos días para usted, señor Jack.”

Él inclinó rápidamente la cabeza y se levantó la gorra. “Sí... Buenos días, señorita.”

Se apresuró a avanzar hacia Netherfield, pero inmediatamente sus hombros volvieron a caer.

Lizzy sabía cómo él se sentía.

## SEIS

D ARCY PASÓ EL RESTO de la visita matutina lo mejor que pudo. Bingley apenas apartó los ojos de Jane y ella realmente parecía feliz. Muy feliz.

De vez en cuando, ella se secaba una lágrima discreta y, si Darcy estuviera de mejor humor, lo habría admitido como prueba de su afecto.

Su madre se mostró efusiva, pero no tan insoportable como antes. Las racionales palabras de Elizabeth habían eliminado un poco la conmoción que sentía, porque era cierto que la tontería se podía encontrar en cualquier nivel de la sociedad. Sin embargo, su disgusto por ello todavía era evidente. El regreso de las dos muchachas más jóvenes empeoró las cosas. La falta de decoro era tan uniforme y tan irritante. Aunque al padre de Jane no pareció importarle esto, solo se rió de ellas.

Finalmente, terminó la visita. Él y Bingley dejaron sus caballos en los establos cuando regresaron y caminaron de regreso a Netherfield bajo una lluvia ligera y fría que había caído abruptamente.

Las gotas se adherían más de lo que caían. Eran tan pequeñas que parecían más una neblina que una lluvia propiamente dicha.

Bingley no se habría dado cuenta si estuviera granizando. “¿No es Jane hermosa? ¿Viste su expresión cuando le pregunté sobre las amonestaciones? ¿Has visto alguna vez tanta dulzura en un solo ser?”

Darcy soportó todo esto lo mejor que pudo, pero cuando Bingley continuó durante media hora, contando cada baile que él y Jane habían compartido, y casi todas las conversaciones, Darcy se excusó. En cambio, encontró a Georgiana y se ofreció a jugar ajedrez con ella.

Esto fue una distracción durante algún tiempo, pero la presencia incesante de Caroline resultaba un poco aburrida. Cuando Darcy venció a Georgiana, la luz del sol había regresado. Un rectángulo de sol de la tarde iluminó el tablero de ajedrez de madera, mientras él hacía su último movimiento. Su reina tomó al rey de Georgiana.

“¿Qué te parece un paseo en coche?” Preguntó Darcy. “Aún no has salido mucho y podríamos llevar nuestro carruaje.”

Caroline quería acompañarlos, pero Darcy hizo oídos sordos a sus insinuaciones hasta que estuvieron fuera de la casa.

Chapman pronto tuvo a sus bayos enganchados al carruaje y Darcy ayudó a Georgiana a abordar. “Creo que volveremos en una hora.”

“Muy bien, señor,” dijo Chapman.

JACK RECIBIÓ INSTRUCCIONES, una vez que los bayos se habían ido, para limpiar sus puestos por la tarde. En su comedero puso pastel de linaza fresco, una delicia rica en proteínas que, según Chapman, los mantendría en óptimas condiciones.

Uno de ellos había volcado su cubo de agua de una patada y Jack usó astillas de madera para absorberla y rastrillar todo esto. Todo el mundo sabía que la humedad era enemiga de un caballo sano y de un establo limpio.

“Ahora, ¿por qué estás deprimido?” Preguntó Chapman. “¿No conseguiste un regalo para tu mamá?”

“Cuesta más de lo que esperaba.”

Los bolsos de seda eran *caros*. Jack se había sentido estúpido e infantil cuando había ido a la mercería. A pesar de tener un chelín y dos peniques, el hombre se había reído. Tal vez no quiso ser cruel, pero había dicho que incluso su bolso de seda más barato costaba *media corona*. Y media corona equivalía a *treinta* centavos, e incluso el alma optimista de Jack no creía que fuera probable que tuviera la oportunidad para recibir dieciséis centavos más de caballeros en la semana, antes de Navidad.

“¿Desperdiciaste el chelín que te di?”

Jack saltó. “¿Qué? ¡No señor! Está justo aquí.” Lo sacó y se lo mostró. “Yo simplemente... todavía no pude conseguir el regalo adecuado para mi mamá. Pero, lo haré, de alguna manera.”

“Mmm. Tu madre...” Él se interrumpió. “Solía ser una amiga... Amiga de mi hermana.”

“Oh. No lo sabía,” indicó Jack.

El señor Chapman gruñó y regresó a trabajar.

Jack volvió a su propio trabajo. Su madre había sacado lo mejor de un año difícil, un mal año. Jack quería terminar el año como le hubiera gustado a su padre, por eso deseaba verla llevar un bolso de seda a la iglesia con su libro de oraciones y su monedero.

Por supuesto, también había sido un mal año para Jack, pero estaba encantado con su nuevo trabajo, por lo que a veces se sentía un poco culpable. Fue peor para su mamá. Él suspiró. ¿De dónde sacaría media corona?

GEORGIANA GUARDÓ SILENCIO, mientras se alejaban de Netherfield, en dirección a la ciudad de Meryton. Ella lo miró una o dos veces, y Darcy, aunque todavía no estaba de muy buen humor, forzó una sonrisa. “¿Sí, Georgie? ¿Qué es?”

“¡Oh, nada! Nada.”

Normalmente él habría abandonado la pregunta, pero ese día no lo hizo. Quizás Elizabeth lo estaba afectando. Ella parecía responder a lo que él pensaba, no a lo que decía, pero tal vez esa no fuera una habilidad tan peculiar. Tal vez simplemente tuvo el orgullo de adivinar y el coraje de actuar en consecuencia. “¿Quizás estabas pensando en la señorita Bingley? Ella fue bastante persistente, ¿no?”

“Ella, ciertamente, quería venir con nosotros.”

“Pero, ¿cómo podemos esperar que ella disfrute del campo que siempre menosprecia?”

Georgiana se atragantó y se rió. “A ella no parece importarle Hertfordshire. Ni los Bennet.”

“Ella tiene alguna excusa allí.”

“Creo que el señor Bingley estará feliz,” expresó Georgiana. “La señorita Bennet parece encantadora y amable.”

“Eso espero.”

Pasaron lentamente junto a un burro que tiraba de un carro lleno de leña cortada.

“La última vez que vi a tía Matlock, ella me preguntó si ibas a casarte con ella... Casarte con Caroline Bingley.” Georgiana le lanzó una mirada para ver si estaba molesto. “Dijo que no le importaba el señor Bingley, pero que deseaba que su hermana ya estuviera casada.”

“Ah. ¿Eso fue parte de tu correspondencia con Caroline este otoño?”

“¡No, claro que no! Nunca hablaría de ti, hermano. Simplemente me lo preguntaba, por mi propio bien.”

“¿Quieres que me case?”

“Quiero que seas feliz.” Georgiana sonrió fugazmente a un rebaño de ovejas lanudas de invierno.

“La felicidad no es el propósito de la vida. Estoy satisfecho con lo que he logrado y el trabajo que me he propuesto, y eso es todo lo que un hombre racional necesita para estar satisfecho.” Ella no parecía convencida y Darcy suspiró. “No creo que la señorita Bingley me haga feliz.”

Georgiana asintió. “Puedo ver eso. Ella parece quedarse a un lado, valorando el mundo, y te llevaría a ti con ella. Creo, aunque no debería decirlo, que podrías hacerlo mejor.”

Darcy soltó una carcajada.

Georgiana parecía medio sorprendida y contenta de haberlo hecho reír.

“Ese parece ser el consejo del momento. También creo que podría hacerlo mejor que la señorita Bingley. Aunque no estoy seguro de qué manera debería aspirar más alto. Quizás nunca me case, o quizás eventualmente me case con nuestra prima Anne.” El pensamiento de Elizabeth y sus ojos, labios y manos (la mano que había descansado tan ligeramente sobre su brazo, mientras subían la colina esta mañana) lo hizo preguntarse brevemente.

Si pudiera olvidarse de su madre, de sus relaciones... ¿Sería agradable caminar por los bosques de Pemberley con la mano de Elizabeth entre la suya? Sin duda, sería divertido presentarle su biblioteca y hablar sobre libros, mientras tomaban el té. Sería estimulante que ella entrara a su habitación por la noche, por la puerta contigua...

Darcy negó con la cabeza. “No lo sé, Georgiana. El matrimonio es una tarea complicada.”

El camino conducía a Meryton y aparcaron en el patio del establo del Peartree Inn. “Parece haber una especie de sombrerería justo allí, y más allá una panadería. ¿Quieres comprar algo?”

“¿Contigo?”

“Difícilmente te enviaría sola.” Le dio las riendas al mozo de cuadra que esperaba.

“No, pero... simplemente, eso me sorprendió.”

Darcy se acercó para ayudarla a bajar. “No tenemos nada más que hacer en este momento. No espero obtener una sola palabra racional de Bingley, hoy, así que podemos divertirnos. Creo recordar que te gustaban mucho los bollos helados en tu escuela.”

“Porque... Sí ¡Gracias! No sé qué he hecho para merecer un hermano como tú.”

## SIETE

D ARCY NO PODÍA EVITAR VOLVER A VER A ELIZABETH durante el transcurso de la semana siguiente.

Evitó unirse a las visitas diarias de Bingley a Longbourn, pero aún quedaba la expedición el jueves, solo una semana antes de Navidad.

Estaba casi decidido a retirarse, pero Georgiana admitió que le gustaría mucho ver la gruta.

Forzó una sonrisa. “Por supuesto, iré, entonces. Viste el de Margate, ¿no? ¿Te gustó?”

“¡Excesivamente! El trabajo del caparazón era tan complejo que desconcertaba la vista. Los estrechos pasillos estaban frescos a pesar de que era verano. Eso fue deliciosamente extraño.”

“Bueno, veamos si el de Ware es deliciosamente extraño, o simplemente gótico e innecesario, como diría Caroline.”

Georgiana se rió.

El señor y la señora Hurst habían rechazado la invitación, pero Caroline bajó las escaleras con un elegante traje de montar, mientras se preparaban para partir.

“Pensé que no te gustaban las cámaras subterráneas,” resaltó el señor Darcy. “No es necesario que vengas si no te gusta. Por favor, no hagas esfuerzos para complacernos.”

“¡Gracias por tu solicitud! Siempre eres muy considerado con los demás, pero puedo poner cara de valiente tan bien como cualquiera.”

Ella y Georgiana montaron sus yeguas con la ayuda de un bloque. El señor Darcy subió a su gran caballo negro cuando estuvieron bien situados.

Caroline, para darle el reconocimiento que se merece, es una excelente amazona. Parecía serena y cómoda al mismo tiempo, como si hubiera nacido en una silla de montar. Frotó el cuello de su ejemplar con algo parecido a verdadero afecto. Su brillante vestimenta roja y su atrevido sombrero shako, que era alto y negro, estaban a la altura de la moda.

Georgiana era una ciclista más nerviosa. Agarró las riendas con incertidumbre cuando la yegua relinchó y se escabulló hacia un lado.

“No dejes que te preocupe,” dijo Caroline. Le estaba prestando su segundo coche a Georgiana. “Ella es un poco enérgica, pero, de muy buen carácter.”

Georgiana logró esbozar una sonrisa nerviosa. “Sí, lo puedo decir. Es solo que no montaba mucho en la escuela. No estoy practicando.”

Era otro día fresco de diciembre, pero el sol brillaba de forma pálida e incierta. Darcy había esperado que la lluvia pusiera fin a la expedición, pero sus esperanzas no parecían prometedoras.

“Estoy agradecida de que los Bennet estén tomando un carruaje,” expuso Caroline. “Podemos tener un viaje tranquilo.”

“Ellos son muy amables,” replicó Georgiana.

“*Jane* es amable; ella es una muchacha dulce. El resto es apenas tolerable. Además, de esta manera los tres podremos tener un viaje familiar y acogedor.”

Georgiana lo miró, pero Darcy no puso objeciones a Caroline. Esas insinuaciones no eran evidentes para él.

Miró su reloj de bolsillo y luego se lo guardó en el abrigo. “Diez y media. Solo espero que puedan abordar el carruaje en una hora. Sospecho que tendremos que esperarlos. ¿Debemos?”

EN ESTO, él no se equivocó. A pesar de los mejores esfuerzos de Lizzy, no se pudo lograr que sus hermanas alcanzaran una eficiencia desacostumbrada. Estaban acostumbradas a quedarse en cama hasta que quisieran, sobre todo en invierno, y tomarse todo el tiempo que deseaban para desayunar tarde.

Incluso sus declaraciones de que Bingley (y el señor Darcy) se molestarían por la espera solo tuvieron un efecto tibio.

“Estoy segura de que no es tan tarde,” expuso la señora Bennet. “Y el querido señor Bingley ha sido muy complaciente. No debes regañar a tus hermanas, Lizzy, eso es muy poco atractivo. Por supuesto, no sé por qué debería importarme. No es que haya un caballero en el vecindario al que puedas atraer en este momento. ¡No después de que enviaras al señor Collins a hacer las maletas! Ese señor Darcy es extraño, ¿no? Su amigo se comprometió y todo lo que pudo hacer fue mirarlo con furia. Me alegré mucho de que lo sacaras de la casa, Lizzy, porque era una nube de lluvia y no te equivocas. No tengo opinión sobre las personas que no pueden estar felices por sus amigos.” Tomó un vigorizante sorbo de té tibio. “¡Sin mencionar a Lady Lucas, que ni una sola vez me felicitó por el compromiso de Jane y Bingley!”

“Pero mamá, no vimos a Lady Lucas esta semana,” señaló Jane. “La lluvia fue muy fuerte.”

“¡No fue tan terrible para impedir que el señor Bingley viniera todas las mañanas a verte!” Indicó la señora Bennet. “No, a pesar de nuestra larga amistad con los Lucas, me temo que los celos se han apoderado de ella. Estoy seguro de que dije todo lo correcto para Charlotte cuando ella se comprometió.”

Lizzy se atragantó. “¡Mamá, no has dejado de quejarte del compromiso de Charlotte con el señor Collins!”

“Pero no por *ella*,” dijo la señora Bennet. “Fui muy elogiosa hacia Lady Lucas. De hecho, le dije que debía estar muy orgullosa de tener una hija que planeaba heredar Longbourn. No podría haber sido más civilizada.”

Lizzy se limitó a negar con la cabeza.

Bingley tuvo que patear los talones durante casi una hora, mientras Kitty y Lydia terminaban de bañarse.

Para ser justos, a Bingley no pareció importarle la espera. Se sentó junto a Jane por la ventana, y susurraron y charlaron como si el tiempo no significara nada.

Lizzy se resignó. No era que *necesitara* la buena opinión del señor Darcy, solo quería demostrar que su familia era mejor de lo que él pensaba. La rapidez no era un sustituto válido de la corrección, pero habría sido algo.

En cualquier caso, los cinco finalmente abandonaron la calidez y el caos de la casa. El sol invernal entraba y salía intermitentemente entre nubes altas y delgadas. Jane y el señor Bingley se sentaron en el asiento del carruaje que miraba hacia adelante. Lizzy, Kitty y Lydia se sentaron frente a ellos, mirando hacia atrás.

Lydia se rió. “¡Qué aplastadas estamos! Lizzy, tus caderas son las más estrechas, te sientas en

el medio.”

“*Lydia.*”

Pero ella solo se rió.

El señor Bingley extendió las manos. “Me *ofrecí* a llevar mi carruaje con Jane para que tú y tus hermanas pudieran tener el carruaje para ustedes solas. Ya veo cómo se valoran mis ofertas, señorita Lydia.”

Ellas se regocijaban y bromeaban, e incluso Lizzy estaba de mejor humor cuando recorrieron las tres millas hasta Amwell House. Indudablemente, el señor Bingley era el hermano que nunca habían tenido.

Amwell House era un alegre edificio de ladrillos rojos con ventanas deslumbrantes.

“¡Catorce ventanas!” Lydia gritó. “Y esto es únicamente en el frente central. Solo el vidriado debió costar una fortuna. ¿Pensé que los cuáqueros eran pobres?”

Jane frunció el ceño. “Lydia, esa no es una forma amable ni adecuada de hablar. Además, ¿no has visto la casa antes? Eras tú quien quería volver a visitar Amwell.”

“Sí, pero la primera vez no presté atención a quién era *el dueño*. Entonces ni siquiera sabía qué eran los cuáqueros. Yo tenía *doce años*.”

Lizzie sonrió. “Esa es una excusa, lo admito. Los cuáqueros solían ser perseguidos, lo que empobrecía a muchos, pero no hacen voto de pobreza como algunos franciscanos o jesuitas. Son libres de ser ricos si pueden. También creen en la igualdad entre hombres y mujeres.”

El señor Bingley asintió sabiamente. “Hombres inteligentes. Ya sé que Jane es muy superior a mí.”

Jane objetó y los demás se rieron.

Sin embargo, cuando bajaron del vagón, se dieron cuenta de que el señor Darcy, Georgiana y Caroline no los estaban esperando, como pensaban. Bingley miró a un lado y a otro del camino que conducía a la casa. “Eso es un poco extraño. Deberían haber llegado antes que nosotros.”

Dudaron un momento, pero soplaban un viento helado y no parecía propicio esperar fuera.

Jane y Lizzy tomaron la iniciativa. A la alegre ama de llaves de Amwell House le presentaron una nota del señor Bennet.

“No sé si lo recuerdas, pero te conocimos hace tres años en otra visita,” confirmó Jane. “Nuestro padre pensó que no sería un inconveniente para la señorita Scott si echáramos otro vistazo a la gruta, pero si es una molestia, ¡solo tienes que decirlo! No expulsaríamos a nadie por nada del mundo.”

“Oh, no es molestia en absoluto, señorita Bennet,” dijo el ama de llaves, que era regordeta, mirando la nota. “¡Recuerdo su visita y que el señor Bennet escribió varias cartas en nombre de la señorita Scott hace algunos años! Un caballero muy amable, porque no a todo el mundo le interesa ayudar a sus vecinos cuáqueros, ¿lo sabes?”

“Tres amigos nos iban a encontrar aquí. ¿Han llegado?” Preguntó Jane.

“No, señorita, hoy no he visto a nadie más que a usted misma. Por favor, entren. Voy a buscar la llave de la gruta y mandaré llamar al jardinero para que los lleve. Pueden esperar a sus amigos donde les resulte cómodo.”

Afortunadamente, solo tuvieron que esperar en suspenso otros cinco minutos antes de que la aldaba sonara con fuerza en el tranquilo pasillo.

“Esos serán ellos,” manifestó el ama de llaves. “Solo un momento.”

Eran ellos, pero cuando Georgiana siguió a su hermano por el pasillo, quedó claro que sostenía su brazo de manera protectora contra su cálido traje de montar de lana.

Hubo exclamaciones y angustia. Se transmitió que no solo se había caído, precisamente, se

había caído y lastimado el brazo.

Habían estado más cerca de Amwell House que de Netherfield, por lo que habían caminado lentamente.

“Ella lo soporta bien, pero está agotada,” dijo Caroline. “Creo que debemos llevar a la pobre señorita Darcy a casa de inmediato. Podría ocupar un lugar en el carruaje.”

Jane estuvo de acuerdo de inmediato. “¡Sí, pobrecita! Eso es terriblemente desafortunado. Le llevaremos directamente a su casa para que pueda acostarse. Es posible que necesites que un médico te revise la muñeca.”

Georgiana se mordió el labio. “Todos ustedes son muy amables, pero *me gustaría* ver la gruta. Me duele un poco el brazo, pero no tanto si no me empujan. Por favor, Fitzwilliam, ¿podemos quedarnos a verla? Solo por un momentito.”

DARCY ESTABA DESEANDO que todos estuvieran en Bedlam, pero no pudo enfrentarse a Georgiana. “Si *estás segura* de que el dolor no empeora, supongo que media hora más no te hará ningún daño.”

“¡Oh, hurra!” Gritó Lydia, que al menos había sido lo suficientemente educada como para contener sus exclamaciones hasta que se tomara una decisión. “Sabía que tenías razón, señorita Darcy. No te arrepentirás.”

Los rizos de Jane rebotaron, mientras ella sacudía la cabeza. “Pero si sientes que has terminado un poco, debes decirlo de inmediato.”

Caroline sonrió bruscamente. “Estoy seguro de que si la señorita Darcy necesita ayuda, me lo dirá. Después de todo, somos viejas amigas.”

El señor Darcy hoy no tenía paciencia con el frágil ego de Caroline. “Sí, muy bien. ¿La gruta?”

Sin embargo, el ama de llaves había vuelto con el té, así que el grupo se sentó a disfrutarlo. Ellos supusieron que esto era lo mejor. Georgiana podía sentarse durante un cuarto de hora y luego ver cómo se sentía. Estaba segura de que su brazo no estaba roto, porque lo había palpado suavemente. Tenía un rango de movimiento completo. Probablemente fue una torcedura o tal vez un ligero esguince, aunque ciertamente se había aterrorizado cuando su yegua se resistió en una puerta y ella se cayó.

Georgiana no podía montar a caballo para ir a casa, pero ese era un problema para más adelante.

Cuando terminaron de beber el té, el ama de llaves los llevó al jardinero, quien los condujo a través de un terreno bastante grande detrás de Amwell House. La mayor parte del jardín estaba en una especie de valle, con un terreno elevado alrededor. En el centro había una fuente que estaba calmada.

Una colina empinada detrás del jardín era el sitio de la gruta. El frente parecía un pequeño edificio incrustado en la colina. Era más bien griego, con una puerta arqueada, varias troneras arqueadas y un pequeño frontón triangular en la parte superior. En cada esquina estaban incrustadas tres grandes caracolas rosadas.

Una pesada puerta de madera no encajaba del todo con la estética, pero Darcy supuso que era eficaz para mantener alejados a los malhechores.

“Es una rara locura,” refunfuñó el jardinero. “Hace que sea difícil mantener saludables las plantas en la colina superior. Si se perturba el suelo, nunca volverá a su sitio. La tierra lo recuerda.”

Él desbloqueó la cerradura y sujetó la puerta para ellos.

Caroline se quejó. “¿No necesitamos una linterna o una antorcha? No podremos ver nada.”

Jane le apretó la mano para tranquilizarla. “Oh, nunca esperaríamos que caminaras en la oscuridad. ¡Pobre señorita Bingley! Debes pensar que somos bastante desconsiderados.”

Elizabeth dijo: “está diseñado con conductos de aire y pozos de luz. Por eso no necesitamos una linterna.”

La señorita Bingley mostró cierta inclinación a aferrarse a él, pero Darcy ya estaba decidido a apoyar a Georgiana. En cambio, Caroline se vio obligada a confiar en su hermano. Tomó el brazo de Bingley y lo rodeó con la otra mano por seguridad.

Darcy siguió a Elizabeth y Jane al vestíbulo de entrada. Estaba bastante oscuro, aunque se podía ver más luz del sol más adentro. El aire era húmedo, pero quizás un poco más cálido que en los campos abiertos.

“Hay seis cámaras,” explicó Elizabeth. “Creo que se adentran cuarenta o cincuenta pies en la colina.”

“Sesenta y cinco,” declaró el jardinero. “Las cámaras alcanzan sesenta y cinco pies hacia adentro de la colina y treinta pies más abajo. La colina es principalmente de tiza, pero las cámaras estaban recubiertas de piedra y conchas. Como ven...” Señaló con el pulgar las paredes oscuras y texturizadas. Georgiana se alejó para sentir las rocas y las conchas, mientras los demás miembros de su grupo se apretujaban en la entrada.

El jardinero frunció un poco el ceño. Como guía turístico, dejaba mucho que desear. “Quizás las damas y los caballeros hayan estado en la gruta del Papa en Twickenham. Es grande pero no tan elegante como la nuestra. Y los jardines no son ni la mitad de buenos.”

“Oh, ¿has estado allí?” Preguntó Elizabeth.

Sacudió la cabeza. “No, señorita, ¿qué estaría haciendo en Twickenham? El viejo maestro Scott me lo dijo; él lo sabe.”

Los ojos de Elizabeth se iluminaron. “¿Era el señor Scott un buen empleador?”

“Lo era. Pero, era cuáquero, ya lo saben, algo que no puedo aceptar. Estoy con la Iglesia de Inglaterra de principio a fin.” Se tocó el viejo pecho. “Pero, él siempre fue justo con todos nosotros y nos dio más cuando estábamos enfermos, y también cuando mi Betty murió. Tenía algunas nociones tontas sobre las mujeres predicando, pero eso no es asunto mío. Me pagó lo justo y me escuchó cuando le dije que el bambú que importó no era bueno. Lo rompimos todo,” finalizó orgulloso.

“Parece un buen hombre,” resaltó Elizabeth. “¿Te encontraremos cuando terminemos de buscar? No quisiera impedirte realizar otras tareas.”

“Eso es muy amable, señorita. Todo el mundo parece pensar que los jardines no necesitan nada en invierno, pero aún queda mucho por hacer. Estaré justo debajo, sembrando los árboles frutales. Por favor, haz que uno de los caballeros me avise cuando hayan terminado y yo iré a cerrar.”

“Gracias,” dijo Elizabeth cálidamente.

Estaba oscuro, por lo que Darcy apenas podía ver su rostro, pero sus ojos seguían atrapados en la brillante mirada de Elizabeth.

“Espero que a nadie le importe,” dijo. “Pensé que podríamos disfrutar explorando por nuestra cuenta.”

“Sí, sin duda,” expuso Kitty. “Es un poco prolijo, ¿no?”

“No lo insultes,” respondió Elizabeth. “Parece un hombre muy bueno, y no hay nadie que pueda dar un informe más verdadero que un servidor fiel.”

La señorita Lydia ya había recorrido el pasillo hasta la siguiente cámara. Su voz manifestó: “es mucho más brillante y más grande por aquí. ¡Vengan!”

Esta cámara *era* más grande y luminosa, pero todavía era bastante pequeña para los acompañantes. Pronto salieron de dos en dos y de tres en tres, explorando las distintas cámaras. Los pasillos eran bastante oscuros y estrechos, pero cada cámara redonda tenía un conducto que permitía que la luz azul blanca de diciembre penetrara hasta ellos.

“¿No es hermoso?” Destacó Georgiana. Estaban solos en la cámara del fondo. La misma estaba decorada con conchas, piedras, pedernal y cristales de colores, lo cual le daba a las paredes un aspecto de lo más intrincado. “Desde lejos parece áspero y desigual,” dijo, “pero, cuando uno se acerca, ¡se encuentran esos patrones y colores!”

Las conchas añadieron toques de rosa, rojo y naranja. Algunas de las piedras brillaban en verde, negro y ámbar. Y de hecho, había patrones al acercarse.

“Esto debe ser una cruz celta,” expresó Georgiana. “Esto es más como un estallido estelar, y eso es un amanecer.”

“Iba a decir un pavo real.”

“Oh, podría ser.” Ella gritó cuando olvidó su brazo y extendió la mano para tocarlo.

“¿Estás bien?”

“Si estoy bien. Simplemente es olvidadizo.” Ella inclinó la cara hacia el tragaluz. “Gracias por dejarme entrar aquí.”

“Quedo a la orden.”

Las voces de los demás se filtraron por los pasillos. Algunos sonidos eran apagados y otros permanecían agudos. Se oyó una carcajada de la señorita Lydia y una burla de Caroline.

Georgiana la miró de reojo. “La señorita Elizabeth es muy amable, ¿no? Parece tener una buena relación con todas las personas que conoce.”

“Sí, muy afable.”

“Ella también es bonita.”

“Probablemente.”

“También...”

“¿Georgiana...?”

Ambas fueron interrumpidas por la entrada de la señorita Elizabeth, que apareció de la penumbra del pasillo como una criatura de otro mundo.

Darcy dijo que esperaba que ella no hubiera escuchado las burlas de su hermana.

Georgiana se sonrojó. “Muchas gracias por sugerir este viaje. Bastante encantador.”

“Gracias, aunque es más obra de Kitty que mía. ¿Cómo se siente, señorita Darcy? Espero que nos digas el momento en que estés lista para partir. Hay espacio para otra persona en el carruaje y supongo que el señor Darcy y la señorita Bingley podrían llevar su caballo de vuelta.”

“¿No son seis en el carruaje?” Georgiana deslizó su mano sana por un círculo de suaves piedras negras. “Odiaría causarles molestias a todos ustedes.”

“Tonterías,” dijo Darcy. “No se puede montar en bicicleta con una muñeca torcida.”

“Lo sé. Sin embargo, tal vez alguna de las otras damas podría regresar en mi lugar. Señorita Elizabeth, ¿estaría dispuesta a montar?”

“¡Eh! ... Ciertamente, si es necesario. Pero, no estoy vestida para eso.”

“Oh, por supuesto que no. Soy estúpida.”

“No del todo.”

“No lo creo,” Georgiana la miró tímidamente, “que quieras tomar prestada mi ropa y yo tu vestido...”

Darcy parpadeó. “Georgiana, eso no es correcto.”

“No, lo siento. Tienes razón. Por favor, perdona la sugerencia, señorita Elizabeth.”

“Tonterías, no hay nada que perdonar. Si has crecido con cuatro hermanas, como yo, eso es simplemente como un día martes.”

Georgiana se rió.

“No creo que seamos exactamente del mismo tamaño. Tú y Lydia están más cerca de la misma altura.”

Darcy se quedó helado. Le horrorizaba la idea de hacer un viaje a campo traviesa con Caroline Bingley y Lydia Bennet. Su imaginación se aturdió.

Los ojos de Elizabeth volvieron a brillar. “Pero, eso pondría a tu hermano en una situación difícil. Estoy dispuesto a hacer el intento si tú accedes.”

“Gracias,” dijo Georgiana. “Le informaré al señor Bingley sobre el cambio.” Ella se escabulló, dejando al señor Darcy temporalmente solo con Elizabeth.

“Entonces, ¿qué opinas de nuestra gruta?” Ella preguntó. “Si debes ser estricto, te sugiero que bajes la voz o Kitty y Lydia aparecerán para desafiarte.”

“Tengo la costumbre de no decir nada que no diría con orgullo delante de nadie. No susurro.”

“Mmm. Te creo. ¿Sugerirías que un murmurador o un susurrador carece del orgullo adecuado?”

“Les falta orgullo, decoro o modales.”

“¿Y a usted no le falta nada?”

“Espero que no. Si tengo defectos, probablemente entrarían en la categoría final de modales. No entro fácilmente en conversación con aquellos que no conozco. No exagero con los extraños.”

Ella se rió. “¿*Tienes* defectos? Ciertamente no te falta orgullo.”

Quizás en otras circunstancias habría sonado insultante, pero había una curva en su boca que lo invitaba a compartir el chiste.

“Me equivoqué. Ciertamente tengo defectos. De las tres categorías que introduje, los modales son mi punto débil.”

“Ah, una aclaración honesta.”

De alguna manera, estar con ella en la pálida penumbra era más íntimo que la luz de las velas de un salón.

Por un momento, se analizaron el uno al otro, sin querer ser los primeros en apartar la mirada.

Los labios de Elizabeth se abrieron. La mirada de Darcy bajó.

Entonces Bingley llamó desde la habitación de al lado y el hechizo se rompió. Elizabeth se alejó y Darcy olisqueó profundamente el aire húmedo.

Mientras la rodeaba para salir de la cámara, su mano rozó la de ella. Fue un sorprendente punto de calidez en la hermosa habitación.

ELIZABETH SE SINTIÓ un poco sonrojada cuando regresaron a la casa. ¿Había pensado Darcy en besarla? Seguramente no. Eso no se hacía hasta el matrimonio, o al menos en el compromiso.

Sin embargo... Sus instintos así lo decían, y generalmente confiaba en gran medida en ellos.

Hablaba tan alegremente como siempre y ni con un parpadeo dejaba entrever que se había sentido afectada.

Pronto ella y Georgiana se retiraron a una habitación libre para ver su posible cambio de

vestimenta.

Georgiana era más tímida y callada que antes.

“Simplemente finge que soy una doncella o una compañera,” dijo Lizzy. “Ciertamente, he desvestido a mis hermanas suficientes veces para estar calificada.”

Georgiana necesitó más ayuda de lo normal debido a su muñeca, pero pudieron sacar con cuidado sus vestimentas sin dañarla demasiado.

“Mis faldas te quedarán un poco cortas,” expresó Lizzy, “pero tus botas lo compensarán. No es que se te vean los tobillos. La camisa puede estar un poco apretada...”

Era así, porque la señorita Darcy era un poco más rolliza que Lizzy.

“Tenemos suerte de que sea invierno,” dijo Lizzy. “Tu chal lo cubre todo.”

La ropa de la señorita Darcy era larga para ella, pero si levantaba un poco la falda, como se hace en las escaleras, estaba bien. También estaba bastante suelta alrededor del pecho y Lizzy se rió. “Sí estoy mucho más cerca de Lydia en tamaño. Estoy tristemente delgada.”

“Para nada, no todo el mundo admira, es decir...” Georgiana se tambaleó en frases de disculpa.

“No temas,” dijo Lizzy. “Estaba bromeando. Solo espero que la señorita Bingley pueda sobrevivir a la prueba de viajar conmigo con este atuendo.”

La señorita Bingley estaba realmente escandalizada al no saber exactamente lo que se había decidido.

Lizzy se sintió más cohibida de lo que hubiera esperado con una ropa que no le quedaba bien, pero era perfectamente modesta. Era de una tela y un corte más finos que los que jamás había tenido, simplemente eso no estaba hecho para *ella*.

Como hacía siempre que se sentía incómoda, Lizzy recurrió al humor.

Mientras ella, el señor Darcy y Caroline seguían caminos y cruzaban campos, ella contó varias historias sobre el campo circundante y los extraños personajes que los poblaban.

Incluso el señor Darcy sonrió más de una vez, lo que ella consideró un gran logro. De hecho, podría convertirse en un pasatiempo bastante apasionante, y eso sería mejor que recordar lo rígido y arrogante que él podía ser.

Como el viaje era solo de tres millas y los caballos se habían reanimado con una pausa, regresaron a buen tiempo a Netherfield.

Los caballos fueron devueltos a los establos y Caroline no pudo despedirse de los Bennet lo suficientemente rápido.

## OCHO

**J**ACK TENÍA UNA MAÑANA LIBRE cada diez días, y esta semana le tocó un día sábado.

Muy temprano, bajaba por la carretera principal hacia Meryton para ver a su madre.

Habían tenido una rara serie de días soleados, pero hoy hacía frío y el cielo estaba gris. Su gorra le protegía la cabeza, pero tenía las orejas bastante frías. Jack metió las manos en los bolsillos de los pantalones para evitar que le picaran los dedos y no se le enrojecieran de frío.

También estaba limpio, ya que Chapman le había pedido que se bañara, dos días atrás, cuando hacía sol. “No permitirás que tu mamá piense que te acuestas con los cerdos. Entra ahí, rápido.”

Lo había hecho, pero eso no le gustó. Su padre no se había preocupado mucho por la limpieza, aunque su madre se quejaba de que su ropa y su cabello estaban rígidos por el polvo de carbón. A su padre no le gustaba eso. Él la había criticado por ser desagradecida hasta que ella se disculpó.

Sin embargo, su padre no era una mala persona. No se ponía violento cuando bebía demasiado, más bien dormía profundamente. A veces eso hacía que llegara tarde al trabajo, lo que ponía ansiosa a su madre.

“Tu mamá aguanta muchas cosas,” le dijo su padre. “Por eso le voy a regalar ese bolso de seda. Hay un tipo en la ciudad que los vende baratos.”

Lamentablemente, no parecía haber alguien en Meryton que los vendiera baratos. Jack no estaba más cerca de comprarle el bolso. Había recogido y entregado caballos para las damas y caballeros de Netherfield todos los días de esta semana, pero no habían desperdiciado más centavos en él. No era de esperar que le dieran propina cada vez que hacía su trabajo, pero eso hubiera sido útil.

Lamentablemente, eso tampoco era el asunto entre amo y sirviente. Que el señor Bingley lo hubiera tratado una vez fue un gesto amable de un nuevo patrono.

El chelín de Chapman también había sido muy amable, pero Jack no podía pedirle más. Jack no era un mendigo.

No, debía haber otra manera. Quizás hoy, él podría encontrar algún trabajo extraño que hacer en Meryton. A veces, los comerciantes necesitaban limpiar más las ventanas o ir a buscar cosas en Navidad.

Faltaban solo dos días para Navidad, por lo que no tenía mucho tiempo.

Su madre vivía en una pequeña habitación encima de la botica. Allí también vivía su tía, quien los había acogido cuando no tenían adónde ir. Su tía Peg tampoco era mala persona, pero no le gustaban mucho los niños pequeños.

Jack llamó cortésmente a la puerta en lo alto de las escaleras, antes de asomar la cabeza para

comprobar si su madre estaba en casa. El salón estaba a oscuras, con apenas unas cuantas brasas en la chimenea y una sola vela sobre la mesa.

Su madre estaba sentada allí, cosiendo una gran tela blanca sobre otra roja. Su tía abuela no estaba a la vista.

“Hola, mamá,” dijo Jack. “Hoy es mi mañana libre.”

“¡Oh, Jack! ¿Han pasado diez días? Me parece mucho más largo.” Ella se levantó y le besó la cabeza. Su mano revolvió su espeso cabello castaño. “¡Hueles como un frío día de invierno! ¿Cuándo te lavaste? Espero que no hayas pasado demasiado frío.”

Jack arrugó la nariz. “Chapman me obligó a hacerlo el jueves cuando hacía sol. Me hizo secarme con una de las toallas para caballos y luego me envió corriendo a la casa grande a buscar más aceite para las lámparas. No tuve ninguna posibilidad de resfriarme.”

“Eso es bueno. Me alegra oír eso. Te hice un poco de pan dulce.”

Jack sonrió. A su padre le encantaban las galletas de mantequilla, aunque decía que nadie podía prepararlas como lo hacía su madre escocesa. Jack no lo sabía, pero pensaba que los que hacía su madre eran perfectos. Jack se comió dos de las galletas mantecosas y desmenuzables, mientras su madre le hacía preguntas sobre su semana. Se lamió el pulgar para limpiar cada migaja que había caído.

“¿Estás comiendo bien en Netherfield?”

“Oh, sí,” dijo Jack. “Chapman, Tom y yo comemos muy bien. Normalmente, Chapman come en su cabaña y Tom y yo comemos en los establos, pero a veces nos deja sentarnos con él.”

Ella asintió. “Yo conocía al señor Chapman. ¿Lo sabes? Yo era amiga de su hermana. Ahora está casada. Vive cerca de Sheffield.”

“Sí, él dijo eso. Me dijo que conocías a su hermana.” Esto había molestado un poco a Jack. “¿Crees que por eso me dio el trabajo? ¿Solo porque eras amiga de su familia?”

Ella sonrió suavemente. “Estoy seguro de que te eligió porque eres un muchacho trabajador y bueno con los caballos. Después de todo, no lo conozco bien. Es diez años mayor que yo. Él había estado trabajando en Netherfield cuando yo apenas era mayor. Luego, por supuesto, me casé con tu padre y me mudé a Warwickshire.”

Jack la analizó atentamente, pero no parecía triste. Simplemente pensativa.

Él realmente quería conseguirle ese bolso. Azul con flores blancas.

Se secó la boca con la manga. “Tengo algunos recados que hacer, pero regresaré antes de irme.”

“¿Recados que hacer?”

“Sí, es cierto.”

“Bueno, supongo que el hombre de la casa debe tener sus secretos, pero reserva al menos una hora para mí.”

Ella besó su mejilla y Jack bajó las escaleras, lleno de nueva determinación.

DARCY DECIDIÓ que volver a ver a Elizabeth era peligroso. No acompañó a Bingley a Longbourn después de su viaje a la gruta.

Incluso logró que Bingley se concentrara en asuntos patrimoniales durante varias horas juntos. “Vas a ser un hombre casado,” dijo Darcy con severidad. “Si quieres comprar Netherfield, debes investigar todos los préstamos, arrendamientos y fronteras: cientos de cosas. La señorita Bennet no te amará menos por haber realizado la debida diligencia.”

Sin embargo, cuando llegó el día del baile, no hubo forma de evitar a la familia Bennet. Era

el 24 de diciembre y Elizabeth lucía particularmente hermosa, mientras descendía del carruaje de su familia con un vestido color crema y blanco. Tenía las mejillas rojas por el aire frío y su cabello brillaba a la tenue luz de las linternas exteriores.

Apenas eran las siete de la noche (los Bennet habían sido invitados a cenar antes del baile), pero ya estaba muy oscuro. Había nubes persistentes, aunque al menos parecía que estaba prohibido que lloviera o nevara. Bingley había dicho varias veces que era ‘una noche perfecta para un baile’.

Esto parecía más optimismo que realidad. Darcy pensó que parecía nieve.

Elizabeth hizo una reverencia y lo saludó sin pausa, pasando inmediatamente a Georgiana. La mirada de Darcy se detuvo sobre ella más tiempo del debido.

Se sintió aliviado y decepcionado al ver que ella no le daba ningún significado especial a su conversación bastante íntima en la gruta. Por un lado, odiaba que una mujer exigiera su interés de manera presuntiva o manipuladora. Se sintió calmado de que la auténtica atención que le había prestado a Elizabeth no hubiera sido utilizada como excusa para reclamar una relación más estrecha entre de ellos.

Por otro lado, sentía una atracción y una conexión innegable hacia ella, y era decepcionante que ella se alejara tan abruptamente. Fue una decepción estúpida y perversa que le hizo enfadarse consigo mismo.

Caroline, por supuesto, se había colocado a su lado durante la cena. Su otra compañera era la señora Bennet. Quizás eso no se pudiera evitar debido a su rango relativo entre los invitados, pero de todas formas eso fue desagradable para él.

La fuerte voz de la señora Bennet ahora estaba completamente recuperada del dolor de garganta que había retrasado su primer encuentro. Muchas cosas podrían haber sido diferentes si la hubiera conocido primero.

“¿No es espantosa?” Caroline le susurró, al amparo de los fuertes comentarios de la señora Bennet. “¡No puedo imaginar lo que estaba pensando Charles! No exijo su compasión, pero espero que me permitas visitar a Georgiana pronto. ¿Quizás en primavera? ... O tendré que soportarla constantemente.”

Su última conversación con Elizabeth vino a su mente cuando Caroline le siseó estos insultos al oído.

Precisamente, esa era la clase de cosas que no le gustaban: hablar así carecía de decoro y de buenos modales. También desaprobó el modo de conversación informal y mercenario de la señora Bennet, pero era de mala educación insultarla en la mesa. Caroline también había logrado insinuar que visitaría Pemberley, lo cual era un tipo de manipulación que a él le desagradaba especialmente.

Caroline volvió a hacer una mueca de dolor ante una de los ‘chistes’ de la señora Bennet y levantó una mano para proteger imperfectamente su rostro del resto de la mesa, mientras le hacía otro gesto.

A medida que avanzaba la cena, Darcy se preguntó si ella había puesto a la señora Bennet a su lado a propósito.

Elizabeth estaba al otro lado de la mesa y dos asientos más abajo. Ella se rió de las bromas de Bingley, sonrió ante la tranquila felicidad de su hermana y evitó mirarlo directamente.

No se dio cuenta de lo mucho que esto le preocupaba hasta que Caroline se inclinó hacia él. “Estás mirando a la señorita Elizabeth. ¿Será porque por fin lleva un vestido limpio? Se esfuerzan por tener cosas, los pobres...”

Dio un sorbo a su vino. “No.”

“¿Quizás estás pensando que su voz mejoraría con respecto a la de su madre? La encuentro demasiado atrevida y orgullosa, pero al menos tiene más sentido común que sus hermanas.”

Darcy echó los hombros hacia atrás. “Estaba *pensando* que desearía poder hablar con ella sobre el color de las llamas, o el volumen exacto de un susurro, o la naturaleza del orgullo adecuado.”

La señorita Bingley se acercó con las finas cejas enarcadas. “Vaya, vaya, ¿te ha llamado la atención la bibliófila Eliza? Te deseo la alegría de esa suegra.”

“No dije nada de eso. Simplemente deseo tener una conversación que consista en algo más que desdén.” Él dio la vuelta con frialdad.

Esta actitud silenció temporalmente a la señorita Bingley, pero él fue castigado (como suelen serlo quienes intentan ser más honestos consigo mismos) con una provocación inmediata.

La señora Bennet, cuyo corazón maternal estaba casi lleno, observando a Jane y Bingley, solo captó las palabras ‘conversación’ y ‘desdén’.

“¡Sin duda, señor! Le aconsejé al señor Bingley que no invitara a los Shilbottle, porque no son gentiles, no verdaderamente, pero él no quiso escuchar. Sir William Lucas es tan afable como él quiere. Supongo que algunos todavía podrían *desdeñar* la conversación con un caballero así, ¡pero eso dice más sobre su mala educación que la suya! ¡Ah, y los King han aceptado una invitación y la señorita King acaba de obtener una fortuna de diez mil libras! No hay nada que desdeñar en *esa* relación.”

Darcy controló una reacción de disgusto con cierta dificultad y dirigió su mirada hacia adelante. “Eso no es en absoluto lo que quise decir, señora. Estaba hablando de temas, no de personas.”

“Ciertamente, pero espero que no menosprecien a nuestro vecindario por la falta de conversación. Sin duda, creo que se puede tener una buena conversación, incluso si una persona no tiene diez mil al año. Aunque yo admitiré que los Shilbottle son terriblemente comunes. No te culparé por despreciarlos *a ellos...*”

“Estoy segura de que eso no es lo que quiso decir, mamá. No debes sacar conclusiones precipitadas.” Elizabeth evitó su mirada, incluso mientras hablaba de él.

Darcy deseó que la velada hubiera terminado.

## NUEVE

JACK AYUDÓ A CHAPMAN a medida que llegaban más y más invitados al baile. Hicieron un espacio improvisado en uno de los graneros, además de guardar algunos de sus propios caballos juntos en los cubículos para liberar más espacio.

Algunos caballos no podían soportar eso, pero las parejas ‘emparejadas’ a menudo eran lo suficientemente dóciles como para permanecer juntas durante unas horas.

Había mucho que hacer, guardar los carruajes, desenredar los caballos y ofrecer agua limpia y paja a todos.

Igualmente, había un puñado de cocheros y mozos de cuadra adicionales que habían llevado a sus familias hasta allí, así que ellos también colaboraron. Todos eran viejos amigos y hubo muchas bromas y burlas, mientras arreglaban las cosas. Todos querían saber qué pensaba Chapman del nuevo inquilino de Netherfield, y principalmente tenían cosas que decir sobre los caballos de Bingley.

Varios de ellos se fijaron en Jack y uno le dio una palmada en la espalda a Chapman. “Escuché que trajiste al hijo de Helen Wheeler. Muy astuto, Chapman, muy astuto.”

Chapman negó con la cabeza. “Para nada astuto. Es un buen chico.”

“Entonces, ¿por qué tienes tres tonos de rojo?”

“Porque me estás haciendo levantar este yugo yo solo, tonto holgazán.”

“Dejen en paz a Chapman,” dijo otro conductor. “No tiene ni un hueso de engaño en su cuerpo.”

“Ni lengua en la cabeza, cuando hay una mujer por ahí.”

Chapman soltó el yugo y dejó que el otro hombre llevara la peor parte. “Vamos. Nada de eso. Ya no somos escolares.”

Cuando todo estuvo cómodo, se retiraron a la cabaña de Chapman para tomar un trago de cerveza y sidra, mientras continuaba la fiesta.

Jack estaba desanimado. Había esperado que algunos de los visitantes le dieran un centavo a algún mozo de cuadra servicial, pero eso no había sucedido. Los cocheros llevaron los carruajes a los establos, por lo que Jack no estuvo a poca distancia de un buen caballero en toda la noche.

Se las había arreglado para ganar unos cuantos centavos más haciendo entregas para la panadería el sábado por la mañana, pero eso fue todo. Todavía estaba muy lejos de la media corona que necesitaba para el bolso.

Se secó una lágrima espontánea, mientras clavaba su horca en un fardo. Quizás simplemente no estaba destinado a ser así. Mañana era el día de Navidad. No había más tiempo.

Peor aún, había desperdiciado esa mañana con su madre para conseguir unos centavos más, cuando ella hubiera preferido que él se quedara con ella.

Jack resopló de nuevo. Era un tonto al pensar que podía ganar tanto dinero en tan poco tiempo.

CUANDO EL RESTO de los invitados empezaron a llegar después de la cena, Darcy se paró al fondo del salón de baile, cerca de la gran chimenea. Caroline, como anfitriona (un trabajo que pronto le dejaría a la señorita Bennet), se quedó cerca de la entrada para saludar a los invitados.

A Darcy todavía le molestaba la forma en que lo habían colocado en la mesa esa noche. En el pasado reciente, consideraba a Caroline una amiga tan buena como cualquier mujer que conocía. Es cierto que eso no decía mucho, ya que no tenía muchas amigas. Los últimos diez días en Netherfield la habían perjudicado.

Georgiana le habría hecho compañía esta noche, pero como aún no había salido, un baile fijo estaba fuera de discusión para ella. Algunos podrían decir que se permitía un baile pequeño y privado para una muchacha, que podía asistir y ver el baile, pero los padres de Darcy habían sido estrictos. No vio ninguna razón para forzar la línea. Además, su brazo todavía estaba en cabestrillo por su muñeca torcida, y no había razón para correr el riesgo de que sufriera lesiones por parte de bailarines descuidados.

Las dos chicas Bennet más jóvenes estaban allí, riéndose y coqueteando con todos los oficiales a quienes Bingley había invitado. Darcy supuso que Bingley no había enviado una invitación general a *todos* los oficiales del regimiento, pero el número de casacas rojas indicaba que podría haberlo hecho.

Mientras miraba, Lydia Bennet abofeteó a un hombre en broma y sacó media corona del bolso que colgaba de su muñeca. La sostuvo con dos dedos y la bailó en la cara de uno de los oficiales. “Sí, lo admito, apuesto por tu oponente. ¿Cómo iba a saber que tu caballo podría recorrer Lucas Lane en menos de un minuto?”

“Porque se lo dije, señorita Lydia. ¡Pague!”

El hombre le arrebató la moneda, pero también le tomó la mano para darle un beso juguetón.

El señor Darcy negó con la cabeza. Esa chica iba a ser la coqueta más irredimible de Hertfordshire si alguien no intervenía.

La habitación se calentó gracias al fuego donde el tronco de Navidad ardía alegremente, y Darcy se vio obligado a alejarse de él.

Caroline se había superado a sí misma otra vez. El salón de baile era un derroche de ramas verdes y lazos rojos. Había negus, ponche de ron y ponche de huevo. El muérdago peludo colgaba en ingeniosos grupos bajo varias puertas arqueadas.

En cada ventana había una vela y las mesas estaban cubiertas con manteles blancos y rojos, que ella había encargado a una señora del pueblo, que trabajaba como costurera. Darcy había oído más de lo que le hubiera gustado sobre los planes de Caroline durante la última semana.

Desde la ventana más cercana, Darcy podía ver el cielo nocturno. Las nubes se espesaban, insinuando la posibilidad de nieve, pero todavía no caía nada. Ninguna nieve era excelente para un baile, pero aún recordaba la maravilla de una mañana nevada en Pemberley cuando era niño. El polvo blanco, fresco e intacto, que brillaba bajo el sol de la mañana, era asombrosamente hermoso. Cuando era niño, no podía esperar para abrigarse y caminar por el mundo fresco y brillante.

Hacía mucho tiempo que no se sentía así.

Llegó el primer baile. Bingley bailarían con Jane, por supuesto, y Darcy probablemente debería bailar con Caroline. Ella lo esperaba y normalmente, él lo haría obligado.

Podría haber seguido adelante como era requerido, dejando que el deber, la costumbre y la familiaridad vencieran su molestia, pero uno de los oficiales, el coronel Forster, hizo una reverencia ante la señorita Bingley y solicitó el honor de llevarla al baile. Ella frunció los labios, exasperada, y lo miró.

Darcy examinó una mancha imaginaria en la manga de su chaqueta de noche negra.

Cuando lo condujeron al escenario, Darcy volvió a mirar a su alrededor. Una parte de él quería bailar con Elizabeth, complacer hasta ese punto su recientemente admitido enamoramiento... pero, no. Amigos y familiares la rodearon. ¡Qué familia! ¡Qué amigos! Él no lo haría. ¿Por qué perseguir un enamoramiento por alguien cuya situación, familia y relaciones estaban tan por debajo de las suyas? No sentía más que desprecio por los hombres que deliberadamente engañaban a las mujeres jóvenes.

Una parte de su cerebro comenzó a calcular en secreto cómo funcionaría si *persiguiera* a Elizabeth, y esa era una parte obstinada que no se callaría.

Cuando Darcy vio a Elizabeth unirse a la fila de bailarines, siguió su mirada hasta su pareja y se quedó paralizado. Una ráfaga de hielo que le bajó por la espalda le hizo ponerse rígido.

Estaba bailando con Wickham.

¡Cielos! Wickham estaba *aquí*. En Meryton.

¿Cómo era posible que Darcy no se hubiera dado cuenta de eso? No habían tenido mucha compañía desde que Georgiana se lastimó el brazo, pero seguramente él lo habría oído.

Quizás, él no lo escuchó.

Comenzaron a dar vueltas para el baile. Wickham sonrió y sonrió, e inclinó la cabeza hacia Elizabeth para escuchar lo que le estaba diciendo. Darcy tuvo el impulso más fuerte de arrebatarse a Elizabeth y enfrentarse en su cara.

En cambio, Darcy agradeció todo lo bueno de que Georgiana estuviera arriba en su habitación. Su pobre hermana quedó devastada cuando se dio cuenta de que Wickham la había engañado para fugarse por su fortuna. Se había sentido avergonzada de que él la llevara tan fácilmente a abandonar el decoro y la precaución, y se había horrorizado al ver lo cerca que había estado de entregar su vida en sus codiciosas y descuidadas manos.

¿Qué mala suerte trajo aquí a ese hombre horrible? ¿Podría haberlo sabido...? Pero no, probablemente no lo sabría. Ni siquiera Wickham era idiota. Quizás no se había dado cuenta de que Darcy estaría allí para el baile. El horario de Darcy se había retrasado y cambiado varias veces este otoño.

No, Wickham debió pensar que había encontrado un refugio seguro y otra mujer hermosa. Sin duda Wickham los había engañado a todos. Tenía tal apariencia de sinceridad que Darcy quiso ensangrentarse los nudillos en la cara del hombre.

Bingley y Caroline, aunque habían oído hablar de Wickham, nunca lo habían conocido en persona y no se podía esperar que lo reconocieran. Wickham no era un apellido infrecuente en Inglaterra.

Darcy hizo una pausa y no siguió avanzando en el baile. Apeló al recurso de apretar los puños y la mandíbula para dejar de rechinar los dientes. Tan pronto como terminara el baile, Darcy se desharía de él.

Elizabeth se sorprendió cuando Wickham le pidió que lo acompañara en el primer baile. La primera elección de un hombre siempre tenía más matices que el resto, y durante los últimos meses, él tenía la costumbre de bailar con la señorita Mary King. Los ojos de Lizzy se dirigieron instintivamente a esa joven elegantemente vestida, pero bastante cetrina.

“El joven señor Lucas estuvo antes que yo con la señorita King, así que soy libre de bailar

donde quiera,” susurró. “¡Únete a mí!”

A Lizzy no le gustaba precisamente que la abordaran de esa manera. Sabía que si su fortuna igualara a la de la señorita King, Wickham la habría preferido. Incluso se había enorgullecido de ello, hasta cierto punto, pero le parecía mal que él lo admitiera en voz alta. Fue una traición a la señorita King e hizo que Lizzy se sintiera pequeña.

Mientras esperaban que los músicos comenzaran, el teniente Perry le dio una palmada en el hombro. “¡Aquí tienes, Wickham! Hoy tengo suerte, esto es lo que te debo por las bebidas de la semana pasada.”

“Ya era hora.”

“¡Como si no te debiera más que un poni por la mitad de Meryton!” Perry le entregó media corona. “Esta es una tarifa pequeña, pero haces un gran escándalo.”

Wickham se guardó la moneda en el bolsillo. “Es el principio de la cosa, Perry, eso es lo que debes aprender.”

Los dedos de Wickham apretaron un poco los de ella, mientras se dirigían al escenario. Eran cálidos y ansiosos, y ella apartó la mano, mientras se alineaba con las damas frente a los hombres. Los hombres hicieron una reverencia y las damas también hicieron una reverencia, mientras los tres músicos de cuerda que Caroline había contratado comenzaron a tocar la música.

Para empezar, las damas dieron un paso adelante y los caballeros se colocaron a sus lados. Se rodearon y se unieron a la línea opuesta.

El señor Wickham le sonrió con curiosidad. “Muy seria esta noche, amiga mía. Todavía puedo llamarte amiga, ¿no? Espero que siempre me consideres así.”

Su voz era una combinación perfecta de franqueza, disculpa y comprensión. ¿Fue tan terrible para él hacerle saber que ella habría sido su elección, si la hubiera tenido? Estaba segura de que no quería decir nada malo con eso. Esto fue, tal vez, un poco descuidado. Se sintió desilusionada cuando él empezó a perseguir a la señorita King. No con el corazón roto, pero sí un poco amargada por no haber tenido la fortuna de convertirse en una pretendiente elegible. Estaba menos amargada ahora. Él era ciertamente guapo y amable, pero ella no sentía ninguna gran pérdida.

Ella le sonrió. “Toda mi familia te considera un amigo, como bien lo sabes.”

“Sí, pero ¿qué pasa con la señorita Elizabeth? ¿Todavía me considera un amigo?”

“Por supuesto. Hay que hundirse bastante para perder mi amistad. Solo el asesinato, la traición o, con diferencia, lo peor, aburrirme, harán perder mi amistad.”

Él se rió. “Afortunadamente, soy inocente de crímenes tan atroces.”

Terminaron el baile, y aunque Elizabeth notó que los ojos de Darcy estaban fijos en ella (¡como los habían estado durante la cena!), el hecho no la afectó más que hacerla reír un poco más fuerte y sonreír un poco más. Ella tuvo cuidado de no volver a mirarlo.

Por lo tanto, no estaba preparada cuando Darcy se acercó a ellos inmediatamente después del baile. Parecía ante todo el mundo un hombre a punto de batirse en duelo.

Cuando Wickham notó que él se acercaba, su broma murió en sus labios. Un destello de emociones pasó por él. La consternación, casi el pánico, era la más destacada. Rápidamente, él suavizó esto con una leve sorpresa.

“Darcy,” dijo familiarmente. “Escuché que estabas en el vecindario, pero pensé que ya habrías ido a Derbyshire.”

Darcy lo fulminó con la mirada, pero su voz era suave. “Me imagino que así lo esperabas. Te sugiero que te vayas de inmediato.”

Wickham sonrió. “Pero, lo estoy pasando muy bien. Vamos, Darcy, el pasado es el pasado.”

¿No podemos ser civilizados?”

La respuesta fue claramente *no*. Los nudillos de Darcy estaban blancos y estaba pálido de furia.

Wickham también se dio cuenta de esto y arqueó una ceja. “Pareces enojado y fuera de razón. No es propio de ti montar una escena. A menos que...” Él escaneó la habitación, pero no pareció encontrar a quien buscaba.

“Ella no está aquí,” replicó Darcy. “No supongas que la presencia de una multitud me detendrá si continúas. El señor Bingley es mi amigo íntimo, tú no eres bienvenido aquí.”

La mano de Lizzy todavía estaba metida en el codo del señor Wickham, que era la forma en que se habían alejado del baile. Esta posición incómoda significaba que el señor Darcy ahora se cernía sobre ambos. Estaba llena de curiosidad (¿quién no lo estaría?), pero también era consciente de que su discusión llamaría la atención si se prolongaba mucho más. No permitiría que se interrumpiera la fiesta de compromiso de Jane si pudiera hacer algo al respecto.

Lizzy soltó su brazo y se habría alejado de Wickham, pero él le agarró ligeramente la muñeca. “Elizabeth, ¿recuerdas cómo debería haberme ganado la vida? ¿Cómo el hijo de mi patrón y sus celos me estafaron en mi profesión en la iglesia?” Levantó una lánguida ceja hacia Darcy.

Lizzy y todo el vecindario habían discutido la trágica historia de fondo del señor Wickham, y en privado ella había odiado al hombre que le había costado su independencia. Pero no se le había puesto ningún nombre. No hasta ahora. “¿Qué? ¿Ese era el señor Darcy?”

“¿Cómo te atreves?” Le dijo Darcy a Wickham. Dio un paso atrás, pero era casi más aterrador que avanzar. Su mismo autocontrol hablaba de una furia implacable. “Te irás o te obligaré.”

El señor Wickham apretó su muñeca con más fuerza. Quizás no se dio cuenta. “Muy bien. Me iré antes de cenar, pero si salgo en este instante, dará que hablar. Apuesto a que eso no te gustaría. ¿Por qué esta repentina ferocidad? Lo habría pensado con Georgie escondida a salvo...” Esta vez se detuvo y miró a Lizzy. “Ah, empiezo a ver. Quizás será mejor que no lo presionemos demasiado, querida.”

Lizzy nunca le había permitido hablarle con tanta familiaridad. Ella se quedó boquiabierta.

“Gracias por el hermoso baile.” Wickham se llevó la mano a los labios, con un demonio imprudente en sus ojos. “Darcy, te deseo lo mejor más que nunca.”

Lizzy estuvo a punto de alejarse de él, pero fue entonces cuando Caroline se les acercó. Miró a uno y otro, y luego puso su mano posesivamente sobre el hombro de Darcy. “¿Está todo bien, señor Darcy? No quiero interrumpir, pero estos oficiales me están acosando. Bailar puede ser un pasatiempo muy aburrido. Di que no participarás en esto conmigo.”

Bingley también se unió a ellos en ese momento con Jane en su brazo. “Hola, ¿qué estamos discutiendo? Darcy, realmente debes bailar. Te vi sentarte primero, pero promete que bailarás un poco. Si cumples con tu deber con estas dos damas,” sonrió a Caroline y a Lizzy, “entonces habrás bailado con nuestras dos hermanas, y Jane y yo estaremos bastante satisfechos, ¿no es así?”

Lizzy rara vez se sentía perdida y aún así pudo salvar el momento, pero entonces su madre también los acompañó. Wickham todavía estaba atado a su muñeca.

La señora Bennet se abanicó vigorosamente. “Señor Bingley, este baile es incluso más grandioso que el anterior, y los langostinos en gelatina estaban absolutamente perfectos. ¡Estoy muy agradecida de que mis nervios y mi garganta pútrida me permitieran asistir, porque nunca estuve tan feliz! ¡Y el señor Wickham! Te veías tan guapo bailando con Lizzy que Kitty y Lydia

se pusieron bastante celosas. Debes prometerme que bailarás con todas mis chicas, ya sabes, ¡porque eres nuestro favorito! Conozco que *algunos* desprecian a los de menos sustancia,” lanzó una mirada mordaz al rostro enfadado del señor Darcy, “pero Wickham siempre ha sido un caballero modelo.”

Irónicamente, aunque malinterpretó enormemente el contexto, ella fue la única que notó la tensión entre el señor Darcy y el señor Wickham. Lizzy dejó escapar una risa histérica y ahogada.

## DIEZ

D ARCY SE SENTÍA ATRAPADO por la mano de Caroline en su hombro, el agarre de Wickham sobre Elizabeth y el calor de la habitación.

El sabor del hierro acompañó su ira y una gota de sudor le corría por la línea del cabello.

Sus uñas se clavaron en la palma de su mano, mientras, sin darse cuenta, cerraba el puño.

Se sentía como una máquina de vapor tapada, cuya válvula de seguridad hubiera sido dañada. Una explosión era inminente. ¿No había un versículo acerca de poner vino nuevo en odres viejos?

Podía sentir los remaches estallar mientras su autocontrol flaqueaba. “Señora Bennet, con las palabras ‘desdén’ o ‘sustancia’ no me referí a la riqueza o a los ingresos, sino más bien a la inteligencia y la buena conversación. Por favor, deje de dar a entender acerca de lo que hice. Wickham, mi más sentido pésame por la repentina noticia que te aleja.” Miró a ese caballero. “No dejes que te retengamos.”

Wickham hizo una reverencia con dignidad ofendida. “Si no podemos cumplir con el decoro, que así sea. Dale mis saludos a Georgiana...”

Darcy vio todo rojo. El motor estalló y el vapor se escapó.

Le dio un puñetazo a Wickham en la cara. En sus días en Oxford, Darcy había boxeado y su ciencia era adecuada para la tarea.

Wickham retrocedió, tambaleándose bajo el golpe. Arrastró a Elizabeth con él durante uno o dos pasos. Tal vez habría recuperado el equilibrio, pero su talón se enganchó en el vestido largo de la señora Bennet.

El desgarró de la tela tensa se mezcló con su grito cuando el señor Wickham cayó hacia atrás y terminó en el suelo.

Caroline jadeó.

Elizabeth apretó su muñeca contra su pecho, con los ojos muy abiertos.

El silencio reinó en el salón de baile, mientras Wickham maldecía y se levantaba. Le sangraba el labio y escupía sangre en el suelo de mármol blanco.

La señora Bennet se agarró la falda, que había sido parcialmente arrancada del corpiño de su vestido color violeta. “¡Yo digo! Esto no es del todo cierto, señor Darcy. ¡No me importan las peleas! Podría denunciarlo por eso, señor Wickham.”

Darcy inclinó la cabeza. Estaba fríamente furioso. “De hecho podrías... ¿Qué te parece, Wickham? ¿Denunciarme?”

La nariz de Wickham se ensanchó, mientras miraba a Darcy. Ambos sabían que Darcy lo derrotaría, ya fuera por puños o con armas.

Wickham se mordió los labios, lamió la sangre del inferior y tragó. Su mirada se rompió y

sus ojos se desviaron. Nunca estuvo dispuesto a afrontar las consecuencias de sus acciones.

“Tonterías,” Wickham forzó una risa fuerte. “Un malentendido, estoy seguro.” Wickham hizo una reverencia digna y salió grave, pero eficientemente de la habitación.

Un murmullo de conversaciones empezó a extenderse por el salón de baile. Darcy suspiró. Sin duda esto sería tema de chismes durante días.

“Señora Bennet, mil disculpas por este accidente,” él dijo. “Tienes todo el derecho a estar enojada. Debes permitirme hacer las paces. Quizás pueda discutirlo con el señor Bennet.”

Ella todavía se aferraba la falda justo debajo de su amplio busto, protegiendo su modestia. “Bueno, estoy seguras de que deberías hacerlo.” Ni siquiera ella parecía estar a la altura de la situación. Levantó la barbilla con orgullo y una de sus compinches, Lady Lucas, la escoltó.

El murmullo se había hecho más fuerte en el salón de baile y la tensión persistía.

Bingley forzó una risa. “Un poco de alboroto, ¿qué? ¡Por favor, continúen las festividades! Bien está lo que bien acaba y eso es todo.”

La señorita Bingley habló con los músicos, quienes continuaron con un tranquilo minueto.

Bingley miró a la multitud que delicadamente reanudaba sus conversaciones, con los ojos ansiosos por ver más drama. “Esto pasará. Lo siento mucho, Darcy. ¡No me di cuenta de quién era! Nunca habría invitado a ese sinvergüenza.”

“No es tu culpa. Me alegra que Georgiana está en su habitación.”

La señorita Bingley regresó y le rodeó el brazo con la mano. Ella lo deslizó hacia abajo para levantar su mano derecha. “Eso fue terrible. Tu pobre mano. ¿Tienes los nudillos bastante magullados?”

Él apartó su mano de ella. “Nada que signifique. No hay piel rota. Estoy más preocupado por la señorita Elizabeth. ¿Te lastimaste?”

Su frente se arrugó. “Adolorida... Oh, no, solo un poquito.” Pareció darse cuenta de que todavía estaba agarrando su muñeca. Dejó caer las manos a los costados, forzando los hombros hacia atrás y la barbilla levantada. “Mejor que nunca.”

Su muñeca estaba visiblemente roja donde Wickham debió haber intentado mantenerse erguido sujetándola. Darcy se obligó a apartar la mirada; era su prerrogativa minimizar lo que había sucedido.

Caroline asintió hacia la pista de baile. “¿Entonces bailará, señor Darcy? Nada demostrará que estás por encima de todo esto que bailar como si nada hubiera pasado.”

“Absolutamente.” Darcy le tendió la mano a Elizabeth. “¿Si la señorita Elizabeth me haría el honor de un baile?”

Por una vez, ella no tuvo una réplica ingeniosa. “Supongo...”

Caroline exhaló malhumorada. “Quizás eso sea lo mejor. Estaba bailando con Wickham hace un momento y dejaría claro al vecindario que los Bennet no tienen resentimientos.”

“Todo eso es verdad, y además quiero bailar con ella.” Darcy no observó cómo Caroline tomó sus palabras. Con suerte, ella captaría la indirecta y dejaría de molestarlo.

Por supuesto, si bailaba con Elizabeth, su madre, sin duda, empezaría a hablar de *sus* ingresos anuales. O tal vez su comportamiento brutal le habría causado disgusto hacia él. Solo cabía esperar.

Pero todas esas consideraciones eran para mañana, el día siguiente o nunca. En este momento, él se sentía audaz. Debería haber desafiado a Wickham hace mucho tiempo.

Después del arrebató de acción, se sentía decidido. Miró a Elizabeth a través del baile y supo que tal vez nunca conocería a una mujer tan perfecta para él como ella. Aunque solo la conocía desde hacía unas pocas semanas, aunque su familia no era ideal... ella era todo lo que él quería.

Era inteligente, divertida y amable. Tenía aplomo y dignidad. Ella era hermosa.

Sabía que podría arrepentirse de esto. Probablemente esto era una mala elección. Un inusual estremecimiento de humildad lo invadió ante la extraña expresión de su rostro. Incluso podría considerarlo a *él* como una mala elección. Podrían estar mal mil cosas, pero estaba dispuesto a entrar en las listas.

ELIZABETH REALIZÓ los primeros pasos del baile de memoria. Afortunadamente, este era uno de los bailes country más comunes y, además, el mismo no era tan enérgico. El señor Darcy parecía esperarla con el corazón en los ojos. Era una buena gracia. ¿Podría un hombre que normalmente era tan estoico verse así?

Sus magistrales críticas, propinadas a su madre, a Caroline y a Wickham junto con un golpe de castigo, la habían desconcertado. Ella pensó que él mismo se había sorprendido.

Su invitación podría, por supuesto, haber sido simplemente un impulso. Era una forma de escaparse y castigar a Caroline, pero el señor Darcy no la estaba mirando en ese momento como si fuera un castigo o un escape.

Lizzy no sabía por qué Wickham lo había enfurecido. Claramente tenía que ver con Georgiana, pero sin conocer el contexto, Lizzy estaba como en el mar. Ella realmente debía recibir una explicación. Debía descubrir si el señor Darcy era el caballero interesante y amable que había conocido la primera noche con su hermana, o el severo que había caminado por la colina con ella. O el que se había quedado mirando su boca y se había balanceado hacia ella medio paso en la gruta. ¡O el que acababa de recurrir a la violencia con Wickham!

Cuando se encontraron de nuevo en el baile, ahora parados uno frente al otro y esperando a que la pareja principal bailara, Lizzy dijo: “me extraña muchísimo, señor Darcy. Nunca he conocido a alguien que haya desconcertado tanto mi comprensión. Solía crearme una estudiante apta de la naturaleza humana.”

“Este desagradable incidente ha influido en tu investigación. Quizás creas lo que Wickham ha dicho de mí.”

“No lo sé. Creo... no, estoy segura de que no creo todo lo que dijo. Sin embargo, creo que es necesario aclarar las cosas antes de que se pueda declarar terminado el incidente.”

“Eso es... justo. Si me lo permites, te visitaré mañana para explicar la escena que acabas de presenciar. ¿Quizás vuelvas a acompañarme a la cima de tu colina?” Él sonrió un poco. “¿Si prometo ser menos estricto con la vista?”

¿Tenía idea de lo atractiva que era su sonrisa? Claramente, él no lo percibió.

“Estoy segura de que el señor Bingley vendrá. No me opondría a dar un paseo.”

“Entonces la acompañaré.”

Cuando el baile llegó hasta ellos, él tomó su mano para hacer los pasos juntos.

Era un buen bailarín, elegante y atlético, pero fue la intensidad de sus ojos lo que la dejó sin aliento.

Cuando volvieron a ocupar su lugar en las filas, ella lo miró a los ojos y habló en voz baja. “Si todavía somos sinceros, debo decir que no te conozco lo suficiente como para... Bueno, ya he rechazado a un hombre elegible este otoño. Preferiría que no fueran dos.” Ella se sonrojó. “Si te he entendido bien.”

“Siempre me entiendes perfectamente. Solo imagino una conversación.” Habían llegado casi al final del baile y él tomó su mano durante los dos últimos turnos. Sus dedos eran firmes y seguros.

Lizzy sintió y vio muchos pares de ojos sobre ellos (Caroline, sus amigos, incluso su padre), pero no permitió que la distrajeran. El señor Darcy merecía su atención. Comenzó a sospechar que él era un hombre que tal vez no fuera exactamente lo que ella soñaba, pero sí exactamente lo que necesitaba.

Y por lo que valía, Lizzy nunca dejó que nadie la intimidara con palabras o miradas. Ella levantó la barbilla, ignoró a la multitud y solo lo miró a él. Ella fue recompensada, al final del baile, con una de sus amplias sonrisas.

JACK HABÍA PERDIDO la noción del tiempo, pero supo que el baile aún no había terminado cuando uno de los oficiales abrió las puertas del establo y entró.

El abrigo rojo del hombre estaba un poco torcido y su rostro parecía atronador. Tenía el labio partido y sangrando, y sus puños estaban cerrados. Miró a su alrededor a la tenue luz de la linterna hasta que su mirada se posó en Jack. “Necesito mi caballo, muchacho.”

“¡Eh! Sí, señor. ¿Cuál es el suyo, señor?”

“Ella es una ruana flaca... Allí.”

Aunque Jack era pequeño, él podía manejar casi cualquier caballo, y este no parecía demasiado enérgico. Por cierto, era un animal de aspecto triste. Jack se deslizó dentro del cubículo y lo ató con una cuerda.

Lo sacó y lo ató a un poste, mientras iba por las riendas.

“Ella no es mía,” dijo el oficial, un poco a la defensiva. “*Nunca tendría* un jamelgo tan pobre; ella es una chica que tomé prestada en Meryton.”

“Sí, señor.”

“No sé por qué te lo digo. No importa.”

“No, señor.”

El oficial escupió un fajo de saliva y sangre en el suelo de tierra. “¡ay! Tómala, que noche tan horrenda. Apresúrate.”

“Lo siento, señor.”

El oficial perdió la paciencia y se adelantó para apretar él mismo la silla y las correas.

Le quitó las riendas de las manos a Jack. Si el caballo hubiera sido menos plácido y viejo, se habría asustado.

El oficial subió a la silla. “Abre esa puerta de ahí.”

Mientras Jack se alejaba, un brillo duro apareció en los ojos del oficial. “Digo, ¿eres mozo de cuadra o simplemente un jornalero para esta noche?”

“Yo trabajo aquí, señor.”

“¿Tú? ¿Quieres ganar una moneda extra?”

“Oh, sí, sí, quiero, señor.” El corazón de Jack empezó a latir. ¿Era esta su oportunidad?

“¿Tienes un día festivo mañana por Navidad? ¿Ir a ver a tu mami?”

Jack se enfureció un poco. El hombre habló como si Jack tuviera tres años. “Tengo la tarde libre, señor.”

“Suficientemente bueno. Wickham es mi nombre y tengo habitaciones en el Peartree Inn. Quiero que me envíes una nota cuando el señor Darcy salga mañana. Necesito hablar con él. Es un asunto delicado.”

“¿Y si no sale, señor?”

“Sospecho que lo hará. Solo déjame saber sus planes, ¿quieres? Los mozos de cuadra siempre saben lo de todo el mundo, que va y viene, y tú pareces un tipo muy inteligente.”

“¡Eh! No lo sé, señor...”

Wickham sacó una moneda del bolsillo interior de su abrigo y se la lanzó a Jack.

Era una *media corona* brillante. Era lo que necesitaba para el bolso de seda de su madre.

“No te preocupes, muchacho. Es solo una cuestión de asuntos pendientes y no me gusta molestarlo en Netherfield el día de Navidad. Me atrevo a decir que mañana irá a Longbourn o a Lucas Lodge o a alguna de las otras casas. Solo házmelo saber.”

La conciencia de Jack estaba preocupada, pero no tuvo oportunidad de objetar. Wickham espoleó a su caballo y salió por la amplia puerta del establo.

Acababa de empezar a nevar. Wickham maldijo ante los gruesos copos blancos que caían. Luego volteó para mirar a Jack. “No falles. Ya te pagué. Es tan bueno como un robo si tomas dinero y no haces el trabajo. No eres un ladrón, ¿verdad?”

“No, pero...”

“Bien.” Wickham espoleó a su caballo para ponerlo a trotar bruscamente y desapareció por el camino que conducía de regreso a Meryton.

Jack sostuvo la moneda en su mano. ¿Sería malo enviar un mensaje así sobre el señor Darcy?

Probablemente lo haría. El señor Wickham había sido duro hasta que quiso algo de Jack, y Chapman había dicho apenas quince días antes que ‘nunca debes confiar en la gente que te golpea un día y te pone crema al día siguiente’.

Pero la única otra opción que le quedaba a Jack era llevarle la moneda al señor Wickham mañana.

Jack era un chico honorable y sabía que quedarse con la media corona y *no* hacer el recado equivalía a un robo.

Se metió la moneda en los pantalones con un profundo suspiro. Deseaba poder consultar con Chapman, pero Jack sospechaba que su mentor le recomendaría que la devolviera.

Jack no quería devolverla.

DARCY DISFRUTÓ el final del baile mucho más de lo que esperaba, dado el tumultuoso comienzo. Volvió a bailar con Elizabeth antes de que terminara la noche y también fueron a cenar juntos.

Si todo el grupo estaba chismorreando sobre él, al menos la presencia de ella era un amortiguador que podía hacerlo olvidar durante media hora seguida.

Por supuesto, él no podía vivir en su bolsillo (o viceversa), por lo que no estaban constantemente juntos.

Bingley se acercó a él durante uno de los bailes finales. “¿Cómo te va, Darcy?”

“Estoy bien.”

“Lamento muchísimo lo que pasó. Solo lo conocí de pasada y no lo identifiqué.”

“No es culpa tuya, pero no hablemos aquí.”

“Muy bien.” Bingley se balanceó sobre sus talones. “Si me perdonas, tal vez pueda aventurarme a darte una pista. Hay un macizo de muérdago debajo del arco al lado del vestíbulo.”

Darcy miró alrededor del salón de baile. “Hay muérdago en muchas de las decoraciones.”

Bingley suspiró. “Para ser el hombre más inteligente que conozco, puedes ser tristemente tonto. Hay muérdago por todas partes, pero ese grupo en particular es muy adecuado para un momento de privacidad. Si quieres privacidad.”

“Quizás nuestras ideas sobre la amistad no estén perfectamente alineadas. No quiero saber dónde eligen Jane y tú perder el tiempo.”

“¡Sinceramente no puedo decir si estás siendo tonto a propósito! No seas tonto, Darcy. Apenas has apartado la mirada de la señorita Elizabeth en toda la noche.”

“Tú estás comprometido. Yo no lo estoy.”

“Lo sé, pero puede que no estés muy lejos, ¿o estoy entendiendo mal tu semblante? No eres un libro tan cerrado como crees. Tampoco es una oportunidad que se te presente muy a menudo.”

“O el vino o tu compromiso se te han subido a la cabeza. Te sugiero que duermas.”

Bingley se rió y fue a entretener a otro grupo de invitados.

A Darcy no le interesaban mucho las tradiciones asociadas con el muérdago. Una excusa para malas decisiones o algo peor.

Sin embargo, cuando los Bennet se iban, y él y Bingley los acompañaron hasta el vestíbulo, Darcy notó el nicho del que Bingley había hablado. Y maldita sea, *había* un mínimo de privacidad en el ángulo de las paredes.

Y no era culpa suya que Kitty y Lydia hubieran iniciado un juego de atrápame si puedes y hubieran corrido por el vestíbulo chocando con la gente. Era natural que Elizabeth se alejara de su juego mientras sacudía su capa. De alguna manera casi terminaron en el nicho.

Darcy levantó la vista y los ojos de ella siguieron los de él, notando el muérdago. Se sintió bastante cálido. “Disculpas. Bingley mencionó esto, pero yo no...”

Ella sacudió su cabeza. “No sospeché de ti.”

Aún así, él no se alejó y ella tampoco.

Finalmente, él entendió muchas cosas que siempre había descartado como tontas. Sería fatalmente fácil besarla, sobre todo porque no sería ‘robarle’ un beso. Ella no se iría.

Darcy se sintió atraído por ella como por un imán, pero... era un hombre honorable. Ella ya había dicho que no estaba preparada para una oferta, y ¿qué era un beso navideño sino una oferta?

Incapaz de evitarla, él se agachó y la besó en la mejilla, saboreando el calor y la textura de su piel. “Feliz Navidad, señorita Elizabeth.”

## ONCE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Darcy cabalgó hasta Longbourn con Bingley.

Las ramas, puentes y tejados estaban cubiertos de nieve. Brillaba a la luz del sol, y sus caballos dejaban un sendero alegre y quebrado a través de los campos. Era la perfecta mañana de Navidad.

Hacía frío, pero sin viento el frío era bastante soportable. Darcy todavía tenía esperanzas de que Elizabeth caminara con él al aire libre a pesar de la nieve. Ciertamente, no habría privacidad si tuvieran que permanecer en casa, en el ambiente caótico y desordenado de Longbourn.

Si la idea de ver a Elizabeth en la nieve, vibrante y con las mejillas sonrosadas, lo influyó en algo, él no lo reconoció.

“Lamento muchísimo lo de Wickham,” se disculpó Bingley nuevamente. “Debería haberlo comprobado cuando escuché el nombre. Describiste a un estafador así. No esperaba encontrarlo en un regimiento.”

Darcy hizo un gesto con la mano. “No es tu culpa. Podría conseguir que lo expulsaran del regimiento, pero pronto se mudarán a Brighton, así que tal vez sea mejor dejarlo. Podría estar más desesperado si tomo lo poco que tiene.”

“¿No crees que te haría alguna maldad?”

“Sé que le gustaría, pero, en general... no, él es demasiado cobarde.”

“No lo creo... Quiero decir, anoche estaba bastante apegado a la señorita Elizabeth. ¿No crees que eso podría aumentar la mala sangre entre ustedes?”

Darcy estaba agradecido por el frío que ocultaba cualquier rubor que pudiera sentir. “Podría ser, pero no puedo imaginar que sea tan idiota como para actuar en consecuencia.”

Cuando llegaron a Longbourn, las damas aún no se habían levantado para ir a desayunar. Darcy y Bingley fueron invitados con entusiasmo a acompañarlas, pero Darcy, tanto por su disgusto por el desorden casual de la escena como por el deseo de hablar en privado con Elizabeth, no pudo soportar sentarse.

Elizabeth rápidamente sorbió los últimos restos de su taza de té. “¿Quizás el señor Bingley y el señor Darcy preferirían caminar hasta el monte Oakham? La vista en la nieve será encantadora.”

Jane, obediente a las instrucciones de Lizzy desde antes, objetó. Ella alegó estar todavía cansada por el baile y que no tenía energía para el frío.

“Qué idea más descabellada, Lizzy,” indicó su madre. “Me pregunto si deberías pensar en esto. Dejaremos que el señor Bingley y Jane se retiren al salón por un tiempo (¡están comprometidos, es perfectamente aceptable!) y el señor Darcy podrá acompañarnos aquí.”

Su tono era sofocante. Darcy supuso que ella *tenía* algún motivo para estar enfadada con él

después de lo de anoche. La noche anterior le había ofrecido discretamente al señor Bennet un billete de veinte libras, con el que podría comprarse varios vestidos de repuesto, pero él era el primero en admitir que eso no compensaba la incomodidad y molestia de tener el vestido roto en el medio de un baile.

“Gracias por la oferta,” expuso Darcy, “pero, un paseo sería muy bienvenido. Si la señorita Elizabeth tiene zapatos lo suficientemente resistentes para el frío.”

“¡Podemos permitirnos perfectamente comprar zapatos de buena calidad para las muchachas!” La señora Bennet resopló, pero los despidió con un gesto de desgano.

INMEDIATAMENTE, Lizzy condujo al señor Darcy afuera, sin apenas detenerse para buscar ropa abrigada. Había dejado sus guantes, su sombrero y una cálida capa verde en un bulto al pie de las escaleras.

Afuera, la nieve parecía amortiguar incluso los ruidos normales de las ovejas, los carros y los pájaros. Había una quietud en la tierra.

Lizzy se colocó la capa, luego se arregló el sombrero y se puso los guantes.

Estaba inexplicablemente nerviosa y el señor Darcy no parecía tener prisa por empezar a hablar. El silencio se prolongó cuando llegaron a la campiña cubierta de azúcar que limitaba con Longbourn. Parecían ser las únicas personas que caminaban en millas a la redonda.

“Pensé en escribir esto,” dijo finalmente Darcy. “Soy mejor escribiendo que hablando.”

Lizzie sonrió. “Y soy mejor leyendo que escuchando, pero quizás ambos tuvimos mejor práctica.”

“No creo que puedas tener toda la razón, sobresales hablando.”

“Gracias.”

Exhaló un largo suspiro por la nariz. “Probablemente, has adivinado el tenor de lo que te contaré. De hecho, el señor Wickham creció en Pemberley y yo, en cierto sentido, hice que perdiera su puesto en la iglesia.”

“¿Deduzco que hubo circunstancias atenuantes?”

“Bastante... Siempre fue un apostador, pero...”

De repente, una rama se rompió en el pequeño desierto junto a ellos. Lizzy saltó y luego se rió de sí misma. “Perdóname.”

Él aprovechó la oportunidad para pasarle la mano por el brazo. “Quedo a la orden. El caso es que decidí que la iglesia no era para él. Estuve de acuerdo de todo corazón, y cuando me pidió tres mil libras en lugar del puesto de rector de Lambton, acepté.”

“¿Tres *mil* libras? Oh, lo he interrumpido, por favor continúe.”

“No sé exactamente qué hizo con el dinero, pero desapareció al cabo de unos años. Regresó y pidió el trabajo. Me negué y él estaba extremadamente enojado.”

“No es exactamente un hijo pródigo.”

“En efecto. Varios años después (y debo rogarles que nunca repitan esta parte) se congració con Georgiana. Incluso la convenció de fugarse. No quiero que la consideres frívola o inmoral; ella solo lo conocía como un amigo de la infancia que recordaba con cariño. El motivo de él fue su fortuna, pero creo que vengarse de mí fue un factor secundario importante.”

“¡Oh! ¡Oh! No.” Lizzy podía imaginarse la dulce inocencia de la señorita Darcy y exactamente cómo Wickham la pudo convencer de su sinceridad. “Eso es *terrible*. Él me convenció de su sinceridad y no tengo dieciséis años ni soy impresionable. Su imagen empezó a desdibujarse anoche, incluso antes de que usted se acercara a nosotros, pero nunca hubiera

imaginado algo de esa magnitud.”

“¿Por qué lo harías? Seguramente no está en tu naturaleza sospechar de motivos tan despiadados.”

“No sé si merezco esa excusa. Jane piensa lo mejor de todos, pero, yo soy tremendamente cínica. Mi juicio sobre él estaba terriblemente sesgado. Probablemente porque...” Ella se interrumpió. Era demasiado humillante admitir que la admiración de Wickham se le había subido a la cabeza. “Fui muy tonta.”

“Quizás podamos estar de acuerdo en no estar de acuerdo. En cualquier caso, esa es la triste historia. Puede imaginarse mi sorpresa por su presencia anoche y mi enfado por sus comentarios sobre Georgiana. Nunca antes había recurrido a la violencia, ni siquiera cuando estaba de mal humor.”

Nuevamente, él aprovechó la oportunidad para colocar su otra mano encima de la de ella. “No me gustó presionarte anoche, pero espero que no te haya lastimado.”

“Nada importante.”

Él detuvo su ascenso a la colina. “¿Puedo?”

Ante su asentimiento, ella bajó el borde del guante, dejando al descubierto algunos ligeros moretones.

Su dedo los recorrió y Lizzy sintió una emoción de lo más desacostumbrada.

Él le subió el guante. “Me alegro de que no haya sido peor.”

Lizzy tragó. “Sí. Yo... espero que Georgiana esté bien. Su lesión fue mucho peor.”

Él la miró fijamente y, como había sucedido en la gruta, sus ojos se posaron en su boca. Su respiración parecía algo atrapada, al igual que la de Lizzy. Él vaciló hacia ella, con una especie de anhelo en sus ojos que hizo que su corazón diera un vuelco.

Luego se recuperó.

Le levantó la mano enguantada y le dio un beso. “Te ves muy hermosa en la nieve. ¿Lo sabes?”

Lizzy dejó escapar una risa entrecortada que era bastante propia de ella. “Gracias.”

Le pasó la mano por el brazo y reanudó el ascenso. “¿Qué estabas diciendo? ¡Ay! Georgiana.”

Lizzy se alegró de poder pensar con claridad. Sus pensamientos todavía regresaban a ella en lentos riachuelos.

“Georgiana se siente muy bien hoy. Quizás pueda traerla para que te visite mañana.”

“Eso sería maravilloso.”

En la cima del monte Oakham, el señor Darcy miró con mucho más aprecio que la primera vez. “De hecho, la vista es excelente.”

“Estoy de acuerdo.”

“¿Has estado alguna vez en Peak District? Creo que lo disfrutarías excesivamente.”

“Estoy segura de que lo haría. Mi tía y mi tío están pensando en hacer un viaje de verano a Lake District. Quizás pueda verlo entonces.”

“Sí.” Él parecía pensativo. “Aunque en primavera es especialmente agradable. Vale la pena esperar.”

Lizzy no sabía muy bien qué contestar, pero él no esperaba respuesta. Contemplaron el paisaje nevado de Hertfordshire antes de voltearse al unísono para regresar colina abajo.

## DOCE

JACK HABÍA AYUDADO A CHAPMAN a preparar los caballos de los señores Darcy y Bingley para su visita matutina. La moneda todavía pesaba mucho en su bolsillo.

Jack hizo sus otras tareas eficientemente después de que se fueron, además de romper el hielo en los abrevaderos.

Casi esperaba que el señor Darcy y el señor Bingley regresaran antes de que él pudiera irse. Entonces tomaría su decisión. No tendría sentido llevar un mensaje si el señor Darcy ya había regresado.

Para su sorpresa y disgusto, Chapman lo liberó solo media hora después de que se fueron.

“Será mejor que sigamos contigo. Puedo hacer las tareas del hogar esta tarde. Vete a casa con tu mamá. Puedes asistir a la iglesia con ella. Vuelve mañana.”

“Eso es muy generoso, señor.”

“¿Podrías? ¡Eh!” Chapman se frotó el cuello y miró cuidadosamente la brida que estaba engrasando. “Podrías invitar a tu madre al Boxing Day. Los sirvientes de Netherfield celebran una alegre fiesta en las habitaciones del ama de llaves. Es una tradición. El señor Bingley ya ha hecho preparar las cajas para los inquilinos y algunas cosas para nosotros, los de la casa.”

“Pero, mi mamá no trabaja aquí.”

“Sí, lo sé, pero tu madre conoce al ama de llaves. Estoy seguro de que estarán felices de verla. Sin mencionar que ella es tu madre y que *tú* trabajas aquí como es debido.”

La cabeza de Jack estaba más ocupada con la moneda en su bolsillo, por lo que no encontró ningún problema con esta explicación. “Se lo diré a ella.”

Chapman volvió a engrasar las bridas, pero tenía el cuello bastante rojo.

Jack partió de Netherfield con la gorra bien calada sobre sus frías orejas. Sus botas crujieron en la nieve espesa al borde del camino.

¿Enviar el mensaje y comprar el bolso?

¿O devolver la moneda y no recibir nada?

Los pasos de Jack disminuyeron cuando llegó al final del carril de Netherfield, el cual se unía a la carretera principal.

Prácticamente, podía sentir ese bolso de seda en su mano, pero... pateó un poste de la cerca con enojo y este desprendió un montón de nieve.

Sabía que no debía hacer lo que le pedía el señor Wickham. Jack era pequeño para su edad, pero no estúpido. Se estaba gestando una especie de travesura.

Pisoteó el montón de nieve. Tampoco pudo quedarse con la moneda arruinada. No le gustó la respuesta de Wickham. Un caballero así no se lo tomaría bien. Pero, ¿qué más se podía hacer?

De repente, Jack tuvo otro pensamiento. Había una tercera persona involucrada, ¿no? El

señor Darcy probablemente debería saber lo que se había dicho. Tal vez, aunque, Jack se sintió culpable por siquiera pensarlo, pero tal vez el señor Darcy podría recompensarlo por su honestidad.

Sintiéndose más que un poco solapado y tristemente consciente de que el señor Darcy podría enojarse antes de escucharlo, Jack se dirigió a Longbourn.

Había estado en el vecindario el tiempo suficiente para saber dónde se encontraban las propiedades cercanas. Longbourn estaba a casi tres millas, pero eso no era mucho para un niño acostumbrado a buscar y cargar cosas la mayor parte del día.

Llegó a Longbourn cuando el sol invernal cubría Oakham Wood y tuvo suerte. El señor Darcy venía por el carril este hacia el patio lateral de Longbourn.

Jack redirigió sus cansados pies en esa dirección. La noche anterior no se había acostado antes de las dos de la mañana, porque tuvo que quedarse despierto y ayudar con todos los caballos después del baile.

Su corta noche lo estaba alcanzando y se frotó los ojos con fuerza, mientras interceptaba al señor Darcy. Estaba con una dama, una de las señoritas Bennet. Jack no sabía todos sus nombres.

“Disculpeme señor.” Jack sacó la moneda de su bolsillo. “Necesito decirle algo.”

El señor Darcy parecía confundido, pero aún no estaba enojado. “¿Sí? ¿Qué es esto? Eres el mozo de cuadra de Netherfield, ¿no? ¿Hubo algún accidente?”

“No es casualidad, señor. La cosa es...” Jack tragó saliva. “Un caballero llamado Wickham me dio esto anoche. Me pidió que le trajera un mensaje sobre cuándo y dónde estaría hoy. Parecía muy enfadado.”

La dama jadeó.

La ceja del señor Darcy se arqueó. “¿En efecto? Creo que te vi esta mañana cuando recogimos nuestros caballos. ¿No pensaste en decírmelo entonces?”

Jack se mordió la comisura de la boca. “Bien. Eso es verdad, señor. No había pensado... no estaba seguro...”

“¿No estabas seguro de si lo harías?”

“Lo siento señor. Sabía que no debía hacerlo, pero no había decidido *qué hacer*.”

El señor Darcy asintió y su mirada se suavizó. “Bueno, tomaste una buena decisión al venir a verme.”

Jack le tendió la moneda. “¿Se encargará usted de ello, señor? No quiero volver a ver al señor Wickham. Sé que estará enojado conmigo. Probablemente, me golpearía las orejas.”

“Ciertamente, me encargaré de ello.” Él tomó la moneda severamente. “Esa podría haber sido una situación muy mala.”

“Lo hiciste muy bien, Jack,” dijo la señorita.

Jack se sorprendió al escuchar su nombre.

“Sí lo hiciste. Sé que probablemente fue una suma difícil de rechazar.”

“Sí, señor,” estuvo de acuerdo Jack. Él suspiró. Ahora estaba a dos millas de Meryton, y le parecía una caminata muy larga sin una moneda para usar cuando llegara allí. “Buen día señor. Buenos días, señorita Bennet.”

La señorita puso su mano sobre el brazo del señor Darcy. Miró hacia Jack y se encogió levemente de hombros.

La boca del señor Darcy se hizo a un lado como si ocultara una sonrisa. “De hecho, por ahorrarme un problema muy serio en un día que por lo demás ha sido muy gratificante, creo que una recompensa para ti podría ser necesaria.”

El corazón de Jack empezó a latir. “¿Oh?”

El señor Darcy dejó caer la media corona en su mano. “Feliz Navidad, muchacho.”

Jack lo miró con asombro y estupefacción. Había esperado una recompensa, pero no esperaba recuperar la media corona. “¿En serio? Quiero decir, ¡gracias, señor!”

Les saludó a ambos con su gorra, luego dio la vuelta y corrió de regreso a Meryton. Su cansancio quedó completamente olvidado por la emoción.

Jack llegó a Meryton poco más de una hora después del mediodía. Entró en la mercería, rojo y sudoroso, pero triunfante.

El hombre arrugó la nariz. “Hola, joven Jack. Hueles como si hubieras venido corriendo hasta aquí desde Netherfield.”

“Corrí hasta aquí desde Longbourn,” jadeó Jack. “Principalmente quiero comprarle el bolso a mi mamá. El que está en el estante que es azul con flores blancas.”

El mercero aplaudió. “Es un excelente regalo para un mozo de cuadra. Ya te lo dije: no lo bajaré de media corona.”

Jack sacó la moneda de su bolsillo. “La tengo.”

“¿Tú?” Miró al chico. “No la robaste, ¿verdad?”

La mandíbula de Jack cayó. Se enderezó con dignidad. “No creo que haya hecho nada para merecer tal acusación.”

El hombre levantó las manos con una sonrisa. “Eso es justo. Fue mi error.” Tomó la moneda y la sopesó en la palma de su mano. “Supongo que eso es todo.”

Levantó la mano y bajó el bolso de seda azul. Tenía un cierre ancho de color dorado y la seda era como acianos, con un delicado estampado blanco.

El mercero miró las manos algo sucias y sudorosas de Jack. “No dejaré que esto se ensucie de camino a ver a tu madre. ¡Tú! Corre escaleras arriba y lávate las manos, mientras envuelvo esto en papel. Dile a mi señora que te envié.”

Jack sabía que probablemente estaba en lo cierto, así que subió y se lavó como le indicaron, aunque tenía una fiebre de anticipación ahora que su momento estaba tan cerca. El mercero realmente no era tan malo.

Pronto Jack se dirigió a las habitaciones situadas encima de la botica con un paquete de papel cuidadosamente envuelto. Ese día la oscura escalera olía a menta y bien, no había olores desagradables de boticario como ocurría a veces.

En lo alto, llamó y entró. Su tía abuela estaba sacando bollos de su pequeño horno negro. Su madre estaba trabajando en un juego de pesadas cortinas de damasco junto a la mesa.

“¡Feliz Navidad!” Exclamó Jack.

“¡Feliz Navidad!” Su madre le devolvió el mensaje. Ella se levantó para besarle la mejilla. “Mi pobre muchacho, parece que has estado corriendo por todo el país esta mañana.”

“También podría haberlo hecho,” dijo Jack con cierto sentimiento, “pero, eso no es importante. Te compré un regalo de Navidad.”

“¿Qué? ¿Cómo... Jack? Es un buen pensamiento, pero no deberías haber gastado tu salario en un regalo para mí.”

“¡No lo hice! ¡Como si no lo supiera! No proviene de mi salario, lo prometo, y no es mal habido.”

“No pensé eso.” Le dio la vuelta al paquete en sus manos y desató con cuidado la cuerda anudada. El papel se desdobló y ella levantó el bolso.

“¿Por qué Jack... esto es *seda*? Es hermoso, pero, ¿cómo diablos podrías pagar por algo como esto?”

“Te lo explicaré, pero todo está bien y es ajustado. ¿Te gusta?”

“Por supuesto que sí.” Sus ojos se llenaron de lágrimas y se rió. “¡Por la bondad! Me has sorprendido. Es exquisito. Perfecto para mi libro de oraciones.”

“Lo sé, eso es lo que pensé. Papá iba a regalarte uno el año pasado, pero... no lo hizo. Quería que tuvieras uno.”

Abrazó a Jack con fuerza. Sintió que un temblor la recorría. “¿Es por eso qué...? ¡Bueno, qué buen regalo! ¡Qué orgullosa me sentiré en la iglesia! Mira, tía Peggy, ¿no es bonito?”

“Muy lindo.” Ella olfateó. “¿Quieres un panecillo, mientras estén calientes o no, jovencito? Hueles como el establo, pero los bollos no se comen solos.”

Jack sonrió, interpretando correctamente esto como un cálido elogio.

Su madre se reunió con él en la mesa y Jack brillaba cada vez que ella pasaba distraídamente sus ágiles dedos por su bolso de seda azul.

DE HECHO, Darcy llevó a Georgiana a Longbourn el día después de Navidad.

Era un día festivo para los sirvientes, pero Chapman amablemente le había preparado los caballos con pértigas.

En Longbourn, Jane y Elizabeth los recibieron con calidez, y hubo bastante más calidez por parte de la señora Bennet, quien se había enterado el día anterior de las veinte libras, por la disculpa que él había presentado.

También le dio mucha importancia a Georgiana, lo suficiente como para que a Darcy le resultara difícil retener una crítica. Elizabeth sugirió dar un paseo en coche antes de que pudiera arrepentirse por completo de su visita. Georgiana lo secundó tímidamente, y pronto, Elizabeth, Georgiana y él se vieron apretujados en el banco del carruaje para un paseo por la nieve.

Georgiana estaba en el medio, como correspondía. Darcy fue consciente de una ligera decepción, al saber que Elizabeth no estaba a su lado, pero dominó esa inquietud. Algún día, tal vez, así pensó...

Mientras tanto, se alegraba de saber que Georgiana y Elizabeth se llevaban tan bien.

Ninguna señora sabía, ni necesitaba saber, la desagradable tarea que él había emprendido el día anterior. Wickham había sido confrontado y su oficial superior, el coronel Forster, había sido informado de sus crímenes y sus probables planes para Darcy.

Había sido una escena fea, pero en general Darcy se lo agradeció. Wickham había sido puesto en libertad condicional, con condiciones severas, y si alguna vez hacía algo contra Darcy en el futuro, habría testigos de su premeditación. Incluso Wickham entendía lo que podía hacerle una acusación de intento de asesinato en manos de un abogado experto.

Él lo negó, fanfarroneó y se enfureció, pero al final, Darcy había asustado a Wickham lo suficiente como para que abandonara sus pretensiones. Lo había demostrado con un enfurruñamiento digno, pero Darcy sabía que un Wickham enfadado era mejor que uno astuto.

Darcy había pedido actualizaciones al coronel Forster y confiaba en que ese caballero vigilaría con cautela a Wickham.

Él tampoco planeaba quedarse en el vecindario por mucho más tiempo. No quería que Georgiana se viera sometida a la presencia de Wickham.

Le explicó sus planes, mientras conducían de regreso a Longbourn, y quedó satisfecho con la respuesta de Elizabeth. “¿Pasado mañana? ¡Eso es muy pronto!”

“Sí, no se puede evitar.” El dio una pausa. “Tengo la intención de invitar a Bingley y a tu hermana a Pemberley para su viaje de bodas en febrero o marzo. ¿Quizás podrías acompañarlos?”

No podía ver su rostro, pero podía oír el tono de emoción en su voz. “Bueno, sí, eso sería delicioso. Me gustaría mucho ver el Peak District en primavera.”

“Excelente. Se lo sugeriré a Bingley. Él siempre acepta mis sugerencias.”

Elizabeth se rió. “¿Siempre? ¡Qué buen amigo eres!”

“¡Bien! Casi siempre,” corrigió Darcy.

Georgiana se inclinó hacia adelante en un hueco del camino y Darcy pudo hacer contacto visual con Elizabeth por encima de su cabeza.

Fue fugaz, pero el brillo de sus bellos ojos fue suficiente para retenerlo hasta marzo.

JACK y su madre regresaron a Netherfield la mañana después de Navidad. Netherfield estaba más cerca de Meryton que Longbourn, por lo que no les llevó mucho tiempo.

Su madre vestía su blusa más bonita y llevaba el bolso que él le había regalado. El día anterior lo había llevado a la iglesia y Jack nunca se había sentado tan erguido y feliz durante la conferencia como cuando su madre sacó su libro de oraciones de su bolso nuevo.

Hoy caminaron juntos hasta la puerta de la cocina de Netherfield y les permitieron pasar al salón del ama de llaves, donde tuvo lugar la celebración tradicional. La habitación ya estaba llena de mayordomos, lacayos y criadas. El jardinero y el señor Chapman estaban a un lado con pequeños vasitos de ponche agarrados cuidadosamente en sus manos ásperas por el trabajo.

Jack había oído que el señor Bingley proporcionó el ponche y permitió que el ama de llaves usara todo lo que sobró del baile en Nochebuena. Estos deliciosos platos estaban esparcidos sobre el aparador y a Jack le parecieron muy tentadores. Se dirigió allí de inmediato, mientras el ama de llaves hablaba con su madre.

“¡Helen, me alegro de que hayas venido!” Las mejillas del ama de llaves ya estaban rojas por el fuerte golpe. “No hemos tenido oportunidad de charlar desde que regresaste. De todos modos, no es más que asentir a la iglesia. Tienes tal aspecto de tu madre que es imposible creerlo. La extraño muchísimo. De hecho, como el señor Bingley está a punto de casarse con la señorita Bennet, contratarán una nueva empleada y a otra criada. Si quieres, puedo hablar por ti.”

“Vaya, eso podría ser muy bueno,” dijo la madre. “Con Jack aquí toda la semana, me gustaría estar cerca.”

“Excelente. Me atrevo a decir que la señorita Bennet te aceptaría como su criada personal.”

La madre se rió. “No sé si estoy calificada para serlo. Una empleada doméstica es probablemente lo mejor que puedo aspirar.”

“¡Tonterías! Siempre tuviste unos buenos modales, todos lo recordamos. Y estoy segura de que no soy la única que disfrutaría tenerte aquí.”

Jack supuso que se refería a él, lo cual era muy cierto. Estaría feliz de tener a su mamá cerca.

El ama de llaves hizo un gesto a su madre hacia la pared del fondo donde el señor Chapman estaba parado cerca del jardinero. “Saluda a Chapman,” dijo. “Está tan tímido como siempre, pero está muy contento de que hayas regresado.”

Jack comió otra loncha de jamón, cuidadosamente doblada y metida en la boca, mientras su madre hacía una leve reverencia a Chapman. “¿Cómo estás, Peter? Ha sido un largo tiempo.”

Jack parpadeó. No sabía que Chapman tenía un nombre de pila.

“Sí, estoy muy bien.” El cuello de Chapman volvió a enrojecerse. “Parece que ha pasado un tiempo y medio.”

“Gracias por ser tan amable con Jack. No tiene más que cosas buenas que decir de ti.”

“Es un buen chico. No elude sus quehaceres. Quizás todavía lo convierta en un tigre.”

La boca de Jack se abrió. ¿Un tigre? Esos eran los mozos de cuadra de élite que viajaban entre las ruedas del faetón de un caballero. Generalmente eran hombres muy pequeños para no desequilibrar los vehículos deportivos. Era una posición con la que solo había *soñado...*

Su imaginación estaba tan atrapada que apenas se dio cuenta de que Chapman se ofreció valientemente a buscar un vaso de ponche para su madre. Apenas se dio cuenta de que pasaron casi media hora hablando de la hermana de Chapman y sus diversos amigos, para deleite del ama de llaves.

O que Chapman, que normalmente no hablaba con las mujeres, se volvió casi locuaz.

O cuánto se sonrojaron ambos cuando Chapman rozó accidentalmente la mano de la madre, al pasarle un plato de pastel de frutas.

El ama de llaves le sirvió varias lonchas más de jamón. “Ahí tienes, Jack. Come hasta...”

Jack lo hizo. Qué Navidad tan excelente había resultado ser.

El ama de llaves aplaudió. “¿Qué tal un juego navideño? Yo digo que juguemos a las charadas.”

## OTRAS OBRAS DE CORRIE GARRETT

¡Gracias por leer!

Revisa estas novelas ‘Austenianas’ de Corrie Garrett  
(en inglés):

**A Lively Companion**

**A True Likeness**

**A Gentle Touch**

## ACERCA DEL AUTOR

CORRIE GARRETT ha trabajado en muchos empleos ocasionales, incluyendo cuidado de mascotas, instrucción de inglés e ingreso de datos. Ahora escribe novelas románticas, históricas y de fantasía. Vive con su esposo y sus cuatro hijos en los hermosos montes Apalaches de Virginia Occidental.

Para obtener más información sobre libros, series y nuevos lanzamientos, visita su sitio web en [www.corriegarrett.com](http://www.corriegarrett.com). O contacta en Facebook a la autora Corrie Garrett.

One Winter's Ball. Copyright © 2020 por Corrie Garrett.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, distribuirse o transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, incluidas fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en revisiones críticas y otros usos no comerciales permitidos por las leyes de derechos de autor. Para solicitudes de permiso, escriba al editor, dirigido a: "Attention: Permissions Coordinator"; a la dirección que figura a continuación.

Corrie Garrett

28 Amherst Rd.

Morgantown, Virginia Occidental 26505

[www.corriegarrett.com](http://www.corriegarrett.com)

**Nota del editor:** esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor. A veces se utilizan lugares y nombres públicos con fines ambientales. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con negocios, empresas, eventos, instituciones o lugares es totalmente una coincidencia.

Diseño de la portada © 2017 BookDesignTemplates.com